BENJAMÍN MARTÍN SÁNCHEZ
Canónigo de la S. I. Catedral de Zamora

LAS 10 ENCÍCLICAS DE JUAN PABLO II

Síntesis completa
de todas ellas

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 SEVILLA

ISBN: 84-7770-252-7
Depósito Legal B-8803/95
Printed in Spain

APSSA,
ROCA UMBERT, 26
L'HOSPITALET DE LL. (Barcelona)

PRESENTACIÓN

Amigo lector:

Aquí tienes reunidas en este libro las diez Cartas Encíclicas de nuestro Romano Pontífice Juan Pablo II y dispuestas en orden estrictamente cronológico.

Estas encíclicas, como todas las de los Papas, revisten especial importancia porque vienen a ser uno de los medios más comúnmente usados por ellos para el ejercicio del Magisterio ordinario que Jesucristo ha concedido a los sucesores de San Pedro sobre la Iglesia universal.

En estos documentos el Papa instruye al Clero, a los religiosos, a los hijos e hijas de la Iglesia y a todos los hombres de buena voluntad, sobre problemas de capital importancia, y va recogiendo todo el campo doctrinal que incumbe a la Iglesia Católica, de las materias propiamente religiosas hasta las sociales y políticas.

Por mi parte tengo que advertir que me he movido a hacer esta síntesis completa de estas encíclicas con el fin de contribuir a poner lo más posible su contenido al alcance de todos y en un pequeño volumen como el presente.

Dios quiera que estas enseñanzas tan llenas de doctrina, que nos transmiten las sagradas verdades de nuestra fe y conservan a la vez los genuinos valores de la humanidad, y, además, por estar rodeadas de la aureola de la suprema autoridad de nuestro sabio y santo Pontífice Juan Pablo II, lleguen más fácilmente a todos y produzcan los frutos de santidad, de justicia y de paz que él tanto anhela para todos.

Zamora, 28 enero 1994.

BENJAMÍN MARTÍN SÁNCHEZ

Carta encíclica
REDEMPTOR HOMINIS

Capítulo 1.º: HERENCIA

1. A finales del segundo milenio

Esta primera encíclica de Juan Pablo II empieza así: «EL REDENTOR DEL HOMBRE, Jesucristo, es el centro del cosmos y de la historia. A Él, dice el Papa, se vuelven mi pensamiento y mi corazón en esta hora solemne que está viviendo la Iglesia y la entera familia humana contemporánea».

En este tiempo en el que Dios me ha confiado por misterioso designio el servicio universal vinculado a la cátedra de San Pedro en Roma, está ya muy cercano el año dos mil, que será el año de un gran Jubileo.

Estamos acercándonos ya a tal fecha que nos hará recordar y renovar de manera particular la conciencia de la verdad-clave de la fe, expresada por San Juan al principio de su Evangelio: *«Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros»* (Jn. 1,14), y en otro pasaje: *«Porque tanto amó Dios al mundo, que le dio su unigénito Hijo, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga la vida eterna»* (Jn. 3,16).

También nosotros estamos, en cierto modo, en el tiempo de un nuevo Adviento que es tiempo de espera: *«Muchas veces y en muchas maneras habló Dios en otro tiempo a nuestros padres por ministerio de los profetas; últimamente, en estos días, nos habló por su Hijo»*... (Heb. 1,1-2), por medio del Hijo-Verbo, que se hizo hombre y nació de la Virgen María... Dios ha entrado en la historia de la humanidad y en cuanto hombre se

ha convertido en sujeto suyo, uno de los millones y millones, y al mismo tiempo ÚNICO.

2. Primeras palabras del nuevo Pontificado

Al tiempo de ser elegido, se me hizo esta pregunta: ¿Aceptas? Entonces respondí: «En obediencias de fe a Cristo, mi Señor, confiando en la Madre de Cristo y de la Iglesia, no obstante las graves dificultades, acepto»... He escogido los mismos nombres que había escogido mi amadísimo predecesor Juan Pablo I, y dado que aquel pontificado duró apenas 33 días, me toca a mi continuarlo.

Con esta elección, siguiendo el ejemplo de mi venerado predecesor, deseo al igual que él expresar mi amor por la singular herencia dejada a la Iglesia por los Pontífices Juan XXIII y Pablo VI y al mismo tiempo mi personal disponibilidad a desarrollarla con la ayuda de Dios.

A través de estos dos nombres y dos pontificados conecto con toda la tradición de esta Sede Apostólica, con todos los predecesores del siglo XX y de los siglos anteriores, enlazando sucesivamente, a lo largo de las distintas épocas hasta las más remotas, con la línea de la misión y del ministerio que confiere a la Sede de Pedro un puesto absolutamente singular en la Iglesia.

3. Confianza en el Espíritu de Verdad y de Amor

Con plena confianza en el Espíritu de Verdad, entro, pues, en la rica herencia de los recientes pontificados, en los que fue convocado e inaugurado el Concilio Vaticano II por Juan XXIII y felizmente concluido y realizado con perseverancia por Pablo VI, cuya actividad he podido observar desde cerca.

4- En relación con la primera encíclica de Pablo VI

Juan Pablo II hace referencia a la encíclica «Ecclesiam

suam» de Pablo VI que fue el documento inaugural de su pontificado. Iluminada y sostenida por el Espíritu Santo, la Iglesia tiene una conciencia cada vez más profunda, tanto de su misterio divino, como de su misión humana, y finalmente de sus debilidades humanas.

Esta conciencia es precisamente la que debe seguir siendo la fuente principal del amor de esta Iglesia, conciencia que debe ir unida a una apertura universal,a fin de que todos puedan encontrar en ella «la insondable riqueza de Cristo» (Ef. 3,8), de que habla el apóstol de las gentes.

Tal apertura, orgánicamente unida con la conciencia de la propia naturaleza, con la certeza de la propia verdad, de la que dijo Cristo: *«no es mía, sino del Padre que me ha enviado»* (Jn. 14,24), determina el dinamismo apostólico, es decir, misionero de la Iglesia, profesando y proclamando íntegramente toda verdad transmitida por Cristo. Ella debe conducir, al mismo tiempo, a aquel diálogo que Pablo VI en la encíclica *Ecclesiam suam* llamó «diálogo de la salvación»...

La Iglesia que —a través de Juan Pablo I— me ha sido confiada casi inmediatamente después de él, no está ciertamente exenta de dificultades y de tensiones internas..., pero está disponible para la misión de la salvación de todos. *«Dios quiere que todos los hombres se salven y vengan al conocimiento de la verdad»* (1 Tim. 2,4).

5. Colegialidad y apostolado

Esta Iglesia está —contra todas las apariencias— mucho más unida en la comunión de servicio y en la conciencia del apostolado. Tal unión brota del principio de colegialidad, recordado por el Concilio Vaticano II y vivificado inmensamente con la creación del Sínodo de los obispos, que han manifestado su unión con el sucesor de Pedro, contribuyendo así a disipar dudas e indicar al mismo tiempo los caminos justos para la evangelización y renovación de la Iglesia..., a cuyo apostolado contribuyen las Conferencias Episcopales nacionales, consejos presbiterales que han surgido después del Concilio, y la cola-

boración de los laicos con los Pastores, conscientes de su responsabilidad en la Iglesia.

6. Hacia la unión de los cristianos

Juan XXIII planteó con claridad el problema de la unión de los cristianos, como simple consecuencia de la voluntad del mismo Jesucristo expresada en la oración del Cenáculo: *«para que todos sean uno, como Tú, Padre, estás en mí y yo en ti»* (Jn. 17,21)...

Debemos por tanto buscar la unión, sin desanimarse frente a las dificultades que pueden presentarse o acumularse a lo largo de este camino; de otra manera no seremos fieles a la palabra de Cristo, no cumpliremos su testamento.

La verdadera actividad ecuménica significa apertura, acercamiento, disponibilidad al diálogo con los representantes de las religiones no cristianas, búsqueda común de la verdad en el pleno sentido evangélico y cristiano...

Cap. 2.º: EL MISTERIO DE LA REDENCIÓN

7. En el misterio de Cristo

Está ya próximo, al final del segundo milenio, el nuevo adviento de la Iglesia, y ¿qué hay que hacer para que este adviento nos acerque a Aquél que la Sagrada Escritura llama: «Padre sempiterno», *Pater futuri saeculi?* (Is. 9,6). Ésta es la pregunta fundamental que el nuevo Pontífice se plantea, cuando, en espíritu de obediencia de fe, acepta la llamada según el mandato de Cristo dirigido más de una vez a Pedro: *«Apacienta mis corderos»* (Jn. 21,15), que quiere decir: Sé pastor de mi rebaño; y después «...una vez convertido, *confirma a tus hermanos»* (Lc. 22,32).

Y la respuesta fundamental y esencial que se impone es ésta: orientar nuestro espíritu y dirigir nuestro entendimiento y nuestro corazón hacia Cristo, Redentor del hombre; hacia Cristo

Redentor del mundo. A Él queremos mirar nosotros, porque sólo en Él, Hijo de Dios, hay salvación.

Debemos tender constantemente a Aquél «que es la Cabeza» (Ef. 1,10), a Aquél *«de quien todo procede y para quien somos nosotros»* (1 Cor. 8,6), a Aquél que es al mismo tiempo *«el camino, la verdad»* (Jn. 14,6) y *«la resurrección y la vida»* (Jn. 11,25), y en quien están escondidos *«todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia»* (Col. 2,3).

La vida de Cristo habla al mismo tiempo a tantos hombres que no están aún en condiciones de repetir con Pedro: *«Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo»* (Mt. 16,16). El Hijo de Dios vivo habla a los hombres y su amor abarca a todos.

La Iglesia, por mandato del mismo Cristo, su Maestro, celebra incesantemente la Eucaristía encontrando en ella la fuente de la vida y de la santidad..., y busca continuamente los caminos para acercar este misterio de su Maestro y Señor al género humano: a los pueblos, a las naciones, a las generaciones que se van sucediendo...

8. Redención: creación renovada

¡Redentor del mundo! En Él se ha revelado de un modo nuevo y más admirable la verdad fundamental sobre la creación, sobre este mundo visible creado por Dios para el hombre, del que, una vez creado, *«vio Dios que era bueno»* (Gén. 1,31). Él todo lo hizo bien; pero por la entrada del pecado en el mundo, éste quedó sujeto a la vanidad.

Así como en el hombre-Adán quedó roto el vínculo que le unía con Dios, así en el Hombre-Cristo ha quedado unido de nuevo (Rom. 5,12-21), pues *«tanto amó Dios al mundo, que le dio su Hijo unigénito»*. La creación entera, como sujeta a la vanidad *«hasta ahora gime y siente dolores de parto»* (Rom. 8,22) y está esperando la manifestación de los hijos de Dios (Rom. 8,19).

Para reconocer que este mundo está ahora sujeto a la vanidad, baste recordar aquí algunos fenómenos como la amenaza de contaminación del ambiente natural en los lugares de rápida

industrialización, o también los conflictos armados que estallan y se repiten continuamente, o las perspectivas de autodestrucción a través del uso de las armas atómicas, la falta de respeto a la vida de los no-nacidos... Cristo que *«es imagen de Dios invisible»* (Col. 1,15), es también el hombre perfecto, que ha devuelto a la descendencia de Adán la semejanza divina, deformada por el primer pecado.

9. Dimensión divina del misterio de la Redención

El Hijo de Dios, con su encarnación, *se ha unido en cierto modo con todo hombre.* Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, amó con su corazón de hombre. Nacido de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de los nuestros, semejante en todo a nosotros, excepto en el pecado (GS. 22). ¡Él, el Redentor del hombre!

Jesucristo, Hijo de Dios vivo, se ha convertido en nuestra reconciliación ante el Padre (Rom. 51,11; Col. 1,20). Precisamente Él, solamente Él, ha dado satisfacción al amor eterno del Padre, a la paternidad que desde el principio se manifestó en la creación del mundo, en la donación al hombre de toda la riqueza de la creación, en hacerlo *«poco menor que Dios«* (Sal. 8,6), en cuanto creado *«a imagen y semejanza de Dios«* (Gén. 1,26)...

La redención del mundo, misterio tremendo del amor, en el que la creación es renovada, es la plenitud de la justicia en un corazón humano en el Hijo Primogénito. El Dios de la creación se revela como Dios de la redención, como Dios que es fiel a sí mismo (1 Tes. 5,24), fiel a su amor al hombre y al mundo, ya revelado el día de la creación. El suyo es amor que no retrocede ante nada de lo que en el mismo exige la justicia. Y por eso al Hijo *«a quien no conoció el pecado le hizo pecado por nosotros para que en Él fuéramos justicia de Dios»* (2 Cor. 5,21).

Si «trató como pecado» a Aquél que estaba absolutamente sin pecado alguno, lo hizo para revelar el amor que es siempre más grande que todo lo creado, el amor que es Él mismo, porque «Dios es amor» (1 Jn. 4,8.16). Y sobre todo el amor es más grande que el pecado, que la debilidad, que la «vanidad de la

creación» (Rom. 8,20), más fuerte que la muerte; es amor siempre dispuesto a aliviar y a perdonar, siempre dispuesto a ir al encuentro del hijo pródigo...

10. Dimensión humana del misterio de la Redención

El hombre no puede vivir sin amor... El hombre creado por amor, es también redimido por amor... Cristo Redentor revela plenamente el hombre al mismo hombre. Tal es —si se puede expresar así— la dimensión humana del misterio de la Redención. En esta dimensión el hombre vuelve a encontrar la grandeza, la dignidad y el valor propios de su humanidad. En el misterio de la Redención el hombre es «confirmado» y en cierto modo es nuevamente creado. ¡Él es creado de nuevo!

¡Qué valor debe tener el hombre a los ojos del Creador, si ha «merecido tener tan grande Redentor!, si «Dios ha dado a su Hijo», a fin de que el hombre, «no muera, sino que tenga la vida eterna!» (Jn. 3,16).

En realidad, ese profundo estupor respecto al valor y a la dignidad del hombre se llama Evangelio, es decir, Buena Nueva. Se llama también cristianismo. Este estupor justifica la misión de la Iglesia en el mundo, incluso, y quizás aún más, «en el mundo contemporáneo».

El cometido fundamental de la Iglesia en todas las épocas y particularmente en la nuestra es dirigir la mirada del hombre, orientar la conciencia y la experiencia de toda la humanidad hacia el misterio de Cristo, ayudar a todos los hombres a tener familiaridad con la profundidad de la Redención, que se realiza en Cristo Jesús.

11. El Misterio de Cristo en la misión de la Iglesia y del cristianismo

El Concilio Vaticano II ha dado un impulso fundamental para formar la autoconciencia de la Iglesia, dándonos, de ma-

nera tan adecuada y competente, la visión del orbe terrestre como de un «mapa» de varias religiones.

Además, ha demostrado como a este mapa de las religiones del mundo, se sobrepone en estratos el fenómeno del ateísmo en sus diversas formas, comenzando por el ateísmo programado, organizado y estructurado en un sistema político.

Por lo que se refiere a la religión, se trata ante todo de la religión como fenómeno universal, unido a la historia del hombre desde el principio; seguidamente de las religiones no cristianas y finalmente del mismo cristianismo. El documento conciliar dedicado a las religiones cristianas está particularmente lleno de profunda estima por los grandes valores espirituales..., y el Concilio ha dedicado una atención especial a la religión judía, recordando el gran patrimonio espiritual y común a los cristianos y a los judíos, y ha expresado su estima hacia los creyentes del Islam, cuya fe se refiere también a Abraham...

Con la apertura realizada por el Concilio Vaticano II, la Iglesia y todos los cristianos han podido alcanzar una conciencia más completa del misterio de Cristo, «misterio escondido desde los siglos (Col. 1,26) en Dios, para ser revelado en el tiempo en el Hombre Jesucristo, y para revelarse continuamente, en todos los tiempos.

Es necesario, por tanto, que todos nosotros, cuantos somos seguidores de Cristo, nos encontremos y nos unamos en torno a Él mismo. Esta unión no puede actuarse sin un valioso trabajo que tienda al conocimiento recíproco y a la remoción de los obstáculos en el camino de una perfecta unidad. No obstante podemos y debemos, ya desde ahora, alcanzar y manifestar al mundo nuestra unidad: en el anuncio del misterio de Cristo, en la revelación de la dimensión divina y humana también de la Redención.

Jesucristo es principio estable y centro permanente de la misión que Dios mismo ha confiado al hombre... y nuestro deber es revelar a Cristo al mundo...

12. Misión de la Iglesia y libertad del hombre

En esta unión la misión, de la que decide sobre todo Cristo

mismo, todos los cristianos deben descubrir lo que les une, incluso antes de que se realice su plena comunión. Ésta es la unión apostólica y misionera, misionera y apostólica. Gracias a esta unión podemos acercarnos juntos al magnífico patrimonio del espíritu humano, que se ha manifestado en todas las religiones, como dice la Declaración del Concilio Vaticano II *Nostra aetate*. Gracias a ella, nos acercamos igualmente a todas las culturas, a todas las concepciones ideológicas, a todos los hombres de buena voluntad.

La actitud *misionera* comienza siempre con un sentimiento de profunda estima frente a lo que «en el hombre había» (Jn. 2,25)... La conversión de tal misión ha de tomar comienzo, sabemos bien que es obra de la gracia, en la que el hombre debe hallarse plenamente a sí mismo.

Por esto la Iglesia de nuestro tiempo da gran importancia a todo lo que el Concilio Vaticano II ha expuesto en la *Declaración sobre la libertad religiosa*, y advertimos en particular el gran sentido de responsabilidad ante la verdad que Dios nos ha revelado.

La *Declaración sobre la libertad religiosa* nos muestra de manera convincente como Cristo y, después sus apóstoles, al anunciar la verdad que no proviene de los hombres sino de Dios (*«mi doctrina no es mía, sino del que me ha enviado»* (Jn. 7,16), esto es, del Padre), incluso actuando con toda la fuerza del espíritu, conservan una profunda estima por el hombre, por su entendimiento, su voluntad, su conciencia y su libertad.

Jesucristo sale al encuentro del hombre de toda época, también de la nuestra, con las mismas palabras: *«Conocerás la verdad y la verdad os hará libres»* (Jn. 8,32)... Gracias a Cristo y en Cristo, los hombres alcanzan la verdadera libertad... y Él un día dijo ante Pilato: *«Yo para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad»* (Jn. 18,37).

Cap. 3.º: EL HOMBRE REDIMIDO Y SU SITUACIÓN EN EL MUNDO CONTEMPORÁNEO

13. Cristo se ha unido a todo hombre

La Iglesia enseña que «mediante la Encarnación el Hijo de Dios *se ha unido* en cierto modo *a todo hombre*» (GS. 22), y desea servir a este único fin: que todo hombre pueda encontrar a Cristo, para que Cristo pueda recorrer con cada uno el camino de la vida, con la potencia de la verdad acerca del hombre y del mundo, contenida en el misterio de la Encarnación y de la Redención con la potencia del amor que irradia de ella.

Jesucristo es el camino principal de la Iglesia. Él mismo es nuestro camino «hacia la casa del Padre» (Jn. 14,1 ss) y es también el camino hacia cada hombre... La Iglesia, en consideración de Cristo y en razón del misterio, que constituye la vida de la Iglesia misma, no puede pemanecer insensible a todo lo que sirva al verdadero bien del hombre, como tampoco puede permanecer indiferente a lo que lo amenaza.

Aquí se trata del hombre en toda su verdad, en su plena dimensión. No se trata del hombre «abstracto», sino real, del hombre «concreto». Se trata de cada hombre, porque cada uno de los cuatro mil millones de hombres vivientes en nuestro planeta, desde el momento en que es concebido en el seno de la madre, ha sido comprendido en el misterio de la Redención, y con cada uno se ha unido Cristo, para siempre, por medio de este misterio.

14. Todos los caminos de la Iglesia conducen al hombre

La Iglesia no puede abandonar al hombre, cuya «suerte», es decir, la elección, la llamada, el nacimiento y la muerte, la salvación o perdición, están tan estrecha e indisolublemente unidas a Cristo. Y se trata precisamente de cada hombre de este planeta, en esta tierra que el Creador entregó al primer hom-

bre, diciendo al hombre y a la mujer: *«hechid la tierra: sometedla»* (Gén. 1,28)...

El hombre en su realidad singular (porque es «persona») tiene una historia propia de su vida y sobre todo una historia propia de su alma... *Este hombre* es el primer camino que la Iglesia debe recorrer en el cumplimiento de su misión, él es el camino primero y fundamental de la Iglesia, camino trazado por cristo mismo, vía que inmutablemente conduce a través del misterio de la Encarnación y de la Redención.

Siendo, pues, este hombre el camino de la Iglesia, camino de su vida y experiencia cotidianas, de su misión y de su fatiga, la Iglesia de nuestro tiempo debe ser, de manera siempre nueva, consciente de la «situación» de él... consciente de todo lo que parece ser contrario al esfuerzo para que «la vida humana sea cada vez más humana, para que todo lo que compone esta vida responda a la verdadera dignidad del hombre.

15. ¿De qué tiene miedo el hombre contemporáneo?

El hombre actual parece estar siempre amenazado por lo que produce, es decir, por el resultado del trabajo de sus manos y más aún por el trabajo de su entendimiento, de las tendencias de su voluntad... El hombre vive cada vez más en el miedo. Teme que sus productos, naturalmente no todos y no la mayor parte, sino algunos, y precisamente los que contienen una parte especial de su genialidad y de su iniciativa, puedan ser dirigidos de manera radical contra él mismo; teme que puedan convertirse en medios e instrumentos de una autodestrucción inimaginable, frente a lo cual todos los cataclismos y las catástrofes de la historia que conocemos parecen palidecer...

Era voluntad del Creador que el hombre se pusiera en contacto con la naturaleza como «dueño» y «custodio» inteligente y noble, y no como «explotador» y «destructor» sin ningún reparo.

El progreso de la técnica y el desarrollo de la civilización de nuestro tiempo, que está marcado por el dominio de la técnica, exigen un desarrollo proporcional de la moral y de la ética. Mientras tanto, este último parece, por desgracia, haberse

quedado atrás... Todas las conquistas, hasta ahora logradas y las proyectadas por la técnica para el futuro no van siempre de acuerdo con el programa moral y espiritual del hombre.

El tema del desarrollo y del progreso está en boca de todos y aparece en las columnas de periódicos y publicaciones, en casi todas las lenguas del mundo contemporáneo, mas no olvidemos que este tema no contiene solamente afirmaciones o certezas, sino también preguntas e inquietudes angustiosas.

La Iglesia, que está animada por la fe escatológica, considera la necesidad de la solicitud del hombre por el hombre, por su humanidad, por el futuro de los hombres sobre la tierra y, consiguientemente, también por la orientación de todo el desarrollo y del progreso, como un elemento esencial de su misión, indisolublemente unido con ella. Y encuentra el principio de esta solicitud en Jesucristo mismo, como atestiguan los Evangelios.

16. ¿Progreso o amenaza?

Consiguientemente, si nuestro tiempo, el tiempo de nuestra generación, el tiempo que se está acercando al final del segundo milenio de nuestra era cristiana, se nos revela como tiempo de gran progreso, aparece también como tiempo de múltiples amenazas para el hombre, de las que la Iglesia debe hablar a todos los hombres de buena voluntad y en torno a las cuales debe mantener siempre un diálogo con ellos.

Dios al crear al hombre le dio el dominio sobre el mundo visible, mas este dominio consiste en la prioridad de la ética sobre la técnica, en el primado de la persona sobre las cosas, en la superioridad del espíritu sobre la materia.

El hombre no puede hacerse esclavo de las cosas. Un perfil materialista condena al hombre a la esclavitud. Luego el Papa dibuja valientemente el cuadro de una civilización de consumo que parece olvidar las necesidades espirituales: exceso de bienes en unos pocos y enormes necesidades en otros que pasan hambre... Es un hiriente contraste que hace recordar la parábola del rico Epulón y el pobre Lázaro.

Sometiendo al hombre a las tensiones creadas por él mismo, dilapidando a ritmo acelerado los recursos materiales y enérgicos, comprometiendo el ambiente, crecen las zonas de miseria y con ella la angustia, la frustración, la amargura.

Nos encontramos ante un grave drama que no puede dejarnos indiferentes y ante las riquezas abusivas de unos, la fiebre de la inflación y la plaga del paro... ¿Qué hacer ante esta situación? Solidaridad que no se limite a aspectos materiales, que en vez de emplear gigantescas inversiones en armamentos que sirven a la guerra y a la destrucción, se empleen en inversiones para el alimento que sirvan a la vida... Conversión de mentalidades y corazones... Actuar buscando el bien común... Junto a otras propuestas sensatas, la Iglesia subraya ciertos planteamientos...

Ante los conflictos y guerras que surgen, la Iglesia no cesa de pedir a cada una de las dos partes, y de pedir a todos en nombre de Dios y en nombre del hombre: ¡No matéis! ¡No preparéis a los hombres destrucciones y exterminio! ¡Pensad en vuestros hermanos que sufren hambre y miseria! ¡Respetad la dignidad y la libertad de cada uno!

17. Derechos del hombre: «Letra» o «espíritu»

Nuestro siglo ha sido hasta ahora un siglo de grandes calamidades para el hombre, de grandes devastaciones, no sólo materiales, sino también morales; más aún, quizá sobre todo morales..., y es necesario constatar que hasta ahora este siglo ha sido un siglo en el que los hombres se han preparado a sí mismos muchas injusticias y sufrimientos.

Es de alabar el magnífico esfuerzo llevado a cabo para dar vida a la Organización de las Naciones Unidas, un esfuerzo que tiende a definir y establecer los derechos objetivos e inviolables del hombre.

Mientras la paz se reduce al respecto de los derechos inviolables del hombre, la guerra nace de la violación de estos derechos, los que se ven violados por la existencia de campos de concentración, por la violencia, la tortura, el terrorismo, las múltiples discriminaciones.

La Iglesia consciente de que la sola «letra» puede matar, mientras solamente «el espíritu da vida» (2 Cor. 3,6) debe preguntarse continuamente junto con los hombres de buena voluntad si la Declaración de los derechos del hombre y la aceptación de su «letra» significan también por todas partes la realización de su «espíritu». ¡Cuán lejos parece que estamos de esta realización!

Entre estos derechos se incluye, y justamente, el derecho a la libertad religiosa junto al derecho de la libertad de conciencia... La limitación de la libertad religiosa de las personas o de las comunidades no es sólo una experiencia dolorosa, sino que ofende sobre todo a la dignidad misma del hombre independientemente de la religión profesada o de la concepción que ellas tengan del mundo. La limitación de la libertad religiosa y su violación contrastan con la dignidad del hombre y con sus derechos objetivos.

De hecho, hasta el mismo fenómeno de la incredulidad, arreligiosidad y ateísmo, como fenómeno humano, se comprende solamente en relación con el fenómeno de la religión y de la fe. Es, por tanto, difícil, incluso desde un punto de vista «puramente humano», aceptar una postura según la cual sólo el ateísmo tiene derecho de ciudadanía en la vida pública y social, mientras los hombres creyentes, casi por principio, son apenas tolerados, o también tratados como ciudadanos de «categoría inferior», e incluso —cosa que ya ha ocurrido— son privados totalmente de los derechos de ciudadanía.

El Papa pide ardientemente que se respeten los derechos de la religión y de la actividad de la Iglesia, porque no se trata de pedir ningún privilegio, sino el respeto de un derecho fundamental, que contribuye al auténtico progreso del hombre en todo regimen, en toda sociedad, sistema o ambiente.

Cap. 4.º LA MISIÓN DE LA IGLESIA Y LA SUERTE DEL HOMBRE

18. La Iglesia solícita por la vocación del hombre en Cristo

Esta mirada, necesariamente sumaria, a la situación del hombre en el mundo contemporáneo nos hace dirigir aún más nuestros pensamientos y nuestros corazones a Jesucristo, hacia el misterio de la Redención, donde el problema del hombre está inscrito con una fuerza especial de verdad y de amor.

Cristo «se ha unido en cierto modo a todo hombre» y también a la Iglesia en su misterio de Redención, y por lo mismo la Iglesia debe estar fuertemente unida con todo hombre.

Esta unión de Cristo con el hombre es en sí misma un misterio del que nace el «hombre Nuevo», llamado a participar de la vida de Dios, y es la fuerza que transforma interiormente al hombre, principio de una vida que no se desvanece y no pasa, sino que dura hasta la vida eterna (Jn. 4,14).

Esta vida prometida y dada a cada hombre es el final cumplimiento de la vocación del hombre. Es de algún modo cumplimiento de la «suerte» que desde la eternidad Dios le ha preparado... Cristo se nos aparece más allá de la muerte: *«Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en Mí... no morirá para siempre»* (Jn. 11,25 s.).

En Cristo crucificado, depositado en el sepulcro y después resucitado, «brilla para nosotros la esperanza de la feliz resurrección... la promesa de la futura inmortalidad».

Cristo es el que nos dice: *«El Espíritu es el que da vida, la carne no aprovecha para nada»* (Jn. 6,63). Estas palabras, no obstante las apariencias, expresan la más alta afirmación del hombre: la afirmación del cuerpo, al que vivifica el espíritu. La Iglesia vive esta realidad, vive de esta verdad sobre el hombre, que le permite atravesar las fronteras de la temporalidad...

19. La Iglesia responsable de la verdad

La Iglesia se presenta ante nosotros como sujeto social de

la verdad divina. Con profunda emoción escuchamos a Cristo mismo cuando dice: *«La palabra que oís no es Mía, sino del Padre, que me ha enviado»* (Jn. 14,24). En esta afirmación de nuestro Maestro ya se advierte la responsabilidad por la verdad revelada, que es «propiedad» de Dios mismo... Por esto se exige de la Iglesia, cuando profesa y enseña la fe, esté íntimamente unida a la verdad divina (DV. 5.10).

Cristo mismo, para garantizar la fidelidad a la verdad divina, prometió a la Iglesia la asistencia especial del Espíritu de verdad, dio el don de la infalibilidad a aquellos a quienes ha confiado el mandato de transmitir esta verdad y de enseñarla (Mt. 28,19).

La responsabilidad de esta verdad significa también amarla y buscar su comprensión más exacta, para hacerla más cercana a nosotros mismos y a los demás en toda su fuerza salvífica, en su esplendor, en su profundidad y sencillez juntamente... Los teólogos y todos los hombres de ciencia en la Iglesia están llamados a unir la fe con la ciencia y la sabiduría para contribuir a su recíproca compenetración.

20. Eucaristía y penitencia

La Eucaristía es el centro y el vértice de toda la vida sacramental, por medio de la cual cada cristiano recibe la fuerza salvífica de la Redención, empezando por el misterio del bautismo, en el que somos sumergidos en la muerte de Cristo para ser partícipes de su Resurrección.

La Iglesia vive de la Eucaristía, vive de la plenitud de este sacramento, cuyo maravilloso contenido y significado han encontrado a menudo su expresión en el Magisterio de la Iglesia, desde los tiempos más remotos hasta nuestros días...

Todos en la Iglesia, pero sobre todo los obispos y los sacerdotes deben vigilar para que este sacramento de amor sea el centro de la vida del Pueblo de Dios, para que, a través de todas las manifestaciones del culto debido, se procure devolver a Cristo «amor por amor», para que Él llegue a ser verdaderamente «vida de nuestras almas» (Jn. 6,52 ss). Ni, por otra par-

te, podremos olvidar jamás las siguientes palabras de San Pablo: *«Examínese, pues, el hombre a sí mismo, y entonces coma del pan y beba del cáliz»* (1 Cor. 11,28). Para recibir dignamente la Eucaristía es necesario acercarse limpios de pecado mortal, y a este fin está instituido el sacramento de la penitencia.

La Iglesia, pues, observando fielmente la praxis plurisecular del Sacramento de la penitencia —la práctica de la confesión individual, unida al acto personal de dolor y al propósito de la enmienda y satisfacción— defiende el derecho particular del alma. Es el derecho a un encuentro del hombre más personal con Cristo crucificado que perdona, con Cristo que dice por medio del ministro del sacramento de la Reconciliación: «Tus pecados te son perdonados» (Mc. 2,5), «vete y no peques más» (Jn. 8,11).

21. Vocación cristiana: servir y reinar

La dignidad de nuestra vocación cristiana se expresa en la disponibilidad a servir según el ejemplo de Cristo, que *«no vino para ser servido, sino para servir»* (Mt. 20,28). Si, por consiguiente, a la luz de esta actitud de Cristo se puede verdaderamente «reinar» sólo «sirviendo», a la vez el «servir» exige tal madurez espiritual que es necesario definirla como el «reinar». Para saber servir digna y eficazmente a los otros, hay que saber dominarse, es necesario poseer las virtudes que hacen posible tal dominio.

Debemos ser siempre conscientes de que cada iniciativa en tanto sirve a la verdadera renovación de la Iglesia, y en tanto contribuye a aportar la auténtica luz que es Cristo, en cuanto se basa en el adecuado conocimiento de la vocación y de la responsabilidad por esta gracia singular, única e irrepetible, mediante la cual todo cristiano en la comunidad del pueblo de Dios construye el Cuerpo de Cristo. Este principio, regla-clave de toda la praxis cristiana, debe aplicarse de modo justo a todos los hombres —desde el Papa al último fiel— y a cada uno de los mismos.

La verdadera libertad es un don grande sólo cuando sabemos usarla responsablemente para todo lo que es el verdadero bien. Cristo nos enseña que el mejor uso de la libertad es la caridad que se realiza en la donación y en el servicio. Por tal «libertad *nos ha liberado Cristo*» (Gál. 5,1) y nos libera siempre...

22. La Madre de nuestra confianza

El Papa termina su encíclica diciendo que «al final de las presentes consideraciones que era oportuno exponer al comienzo de su ministerio pontifical», se dirige a María como Madre de la Iglesia, porque ella ha dado la vida humana al Hijo de Dios «por el cual y en el cual son todas las cosas» (Hech. 2,10) y del cual todo el Pueblo de Dios recibe la gracia y la dignidad de la elección.

Si en esta difícil y responsable fase de la historia de la Iglesia y de la humanidad advertimos una especial necesidad de dirigirnos a Cristo, que es Señor de su Iglesia y Señor de la historia del hombre en virtud del misterio de la Redención, creemos que ningún otro sabrá introducirnos como María en la dimensión divina y humana de este misterio. Nadie como María ha sido introducido en él por Dios mismo. En esto consiste el carácter excepcional de la gracia de la Maternidad divina.

«Al terminar esta meditación con una calurosa y humilde invitación a la oración, deseo que se persevere en ella unidos con María, Madre de Jesús (Hech. 1,14), al igual que perseveraban los apóstoles y los discípulos del Señor, después de la Ascensión, en el cenáculo de Jerusalén» (Hech. 1,13).

Segunda Carta Encíclica

«DIVES IN MISERICORDIA»

Capítulo 1.º «QUIEN ME VE A MÍ, VE AL PADRE» (Jn. 14,9)

1. Revelación de la misericordia

«Dios rico en misericordia» (Ef. 2,4), es el que Jesucristo nos ha revelado como Padre, y nos lo ha dado a conocer (Jn. 1,18).

A este respecto es digno de recordar aquel momento en que Felipe, uno de los doce apóstoles, dirigiéndose a Cristo, le dijo: *«Señor, muéstranos al Padre y nos basta»*; Jesús le respondió: *«¿Tanto tiempo ha que estoy con vosotros y no me habéis reconocido? El que me ha visto a Mí ha visto al Padre»* (Jn- 14,8 ss.). Esto nos impulsa a descubrir una vez más en el mismo Cristo el rostro del Padre, que es *«misericordioso y Dios de todo consuelo»* (2 Cor. 1,3).

«La apertura a Cristo, que en cuanto Redentor del mundo ''revela el hombre al mismo hombre'', no puede llevarse a efecto más que a través de una referencia cada vez más madura al Padre y a su amor».

2. Encarnación de la misericordia

Dios, que *«habita una luz inaccesible»* (1 Tim. 6,16) habla a la vez al hombre con el lenguaje de todo el cosmos: *«en efecto, desde la creación del mundo, lo invisible de Dios, su eterno*

poder y divinidad, son conocidos mediante las obras» (Rom. 1,20), es decir, todos podemos conocer a Dios a través del mundo visible, y mediante la «revelación» de Cristo le conocemos, sobre todo en su relación de amor hacia el hombre.

Las perfecciones invisibles de Dios se hacen visibles *en Cristo y por Cristo*, a través de sus milagros, de sus aciones y palabras, y mediante su muerte en la cruz y su resurrección. De este modo en Cristo y por Cristo, se hace también particularmente visible Dios en su misericordia... *Él mismo encarna esta misericordia y la personifica. Él mismo es, en cierto sentido, la misericordia.* A quien la ve y la encuentra en Él, Dios se hace concretamente «visible» como Padre *«rico en misericordia»* (Ef. 2,4).

La situación del mundo contemporáneo pone de manifiesto no sólo transformaciones tales que hacen esperar *en un futuro mejor del hombre sobre la tierra,* sino que revela también múltiples *amenazas*, que sobrepasan con mucho las hasta ahora conocidas.

Revelada en Cristo, la verdad acerca de Dios como «Padre de la misericordia» (2 Cor. 1,3), nos permite «verlo», dice el Papa, especialmente cercano al hombre, sobre todo cuando sufre, cuando está amenazado en el núcleo mismo de su existencia y de su dignidad. Debido a esto, en la situación actual de la Iglesia y del mundo, muchos hombres y muchos ambientes guiados por un vivo sentido de fe,se dirigen, yo diría casi espontáneamente a la misericordia de Dios.

El Papa desea que sus consideraciones sean al mismo tiempo una vibrante llamada de la Iglesia a la misericordia, de la que el hombre y el mundo contemporáneo tienen tanta necesidad. Y tienen necesidad, aunque con frecuencia no lo saben.

Capítulo 2.º: MENSAJE MESIÁNICO

3. Cuando Cristo comenzó a obrar y a enseñar

Ante sus conciudadanos en Nazaret, Cristo hace alusión a las palabras del profeta Isaías: *«El Espíritu del Señor está so-*

bre Mí, porque me ungió para evangelizar a los pobres; me envió a predicar a los cautivos la libertad, a los ciegos la recuperación de la vista; para poner en libertad a los oprimidos, para anunciar un año de gracia del señor» (Lc. 4,18 ss). Estas frases, según San Lucas, son *su primera declaración mesiánica*, a la que siguen los hechos y palabras a través del Evangelio, mediante los cuales Cristo hace presente al Padre entre los hombres.

Es altamente significativo que estos hombres sean en primer lugar los pobres, carentes de medios de subsistencia, los privados de libertad, los ciegos que no ven la belleza de la creación, los que viven en aflicción de corazón o sufren a causa de la injusticia social, y finalmente los pecadores... Todo esto nos revela que Dios es amor.

También es significativo que, cuando los mensajeros enviados por Juan Bautista llegaron donde estaba Jesús para preguntarle: *«¿Eres Tú el que ha de venir o tenemos que esperar a otro?»* (Lc. 8,19), Él recordando el mismo testimonio con que había inaugurado sus enseñanzas en Nazaret, teniendo delante entonces multitud de enfermos, cojos, ciegos, etc., una vez curados todos ellos) les respondiera: *«Id y comunicad a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos, ven, los cojos anda, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, los pobres son evangelizados»* (Lc. 7,22 s). Con estas acciones, Jesús demostró, cómo en el mundo en que vivimos *está presente el amor*, el amor misericordioso que se extiende a todos.

Cristo, pues, revela a Dios que es Padre, que es «amor», como dirá San Juan en su primera carta (1 Jn. 4,16); revela a Dios *«rico de misericordia»*, como leemos en San Pablo (Ef. 2,4)... Uno de los temas principales de la predicación de Jesús es sobre la misericordia, y de ella nos habla en las parábolas del hijo pródigo, del dracma perdido, del Buen Pastor en busca de la oveja extraviada, etc.

Cristo —en cuanto cumplimiento de las profecías mesiánicas—, al convertirse en la encarnación del amor que se manifiesta con peculiar fuerza respecto a los que sufren, a los infelices y a los pecadores, hace presente y revela de este modo más plenamente al Padre, que es «Dios rico en misericordia».

Capítulo 3.º: EL ANTIGUO TESTAMENTO

El concepto de «misericordia» tiene en el Antiguo Testamento una larga y rica historia. Fijémonos en Israel, el pueblo de la alianza con Dios, alianza que rompió muchas veces. Cuando a su vez adquiría conciencia de la propia infidelidad (y a lo largo de la historia de Israel no faltan profetas y hombres que despiertan tal conciencia), se apelaba a la misericordia.

Los libros del Antiguo Testamento nos ofrecen muchos testimonios, vg. la historia de los Jueces, en cuyo libro vemos que por ser los israelitas muchas veces infieles a Dios, por sus muchos pecados, fueron entregados en manos de sus enemigos para ser castigados; mas cuando se volvían a Dios con sincero arrepentimiento, entonces se compadecía de ellos y les suscitaba un juez que fuera su libertador. Recordemos la oración de Salomón al inaugurar el Templo (1 Rey. 8,22 ss.); la intervención profética de Miqueas: «*¿Qué Dios hay como Tú que perdonas la maldad, y pasas por alto el pecado del resto de tu heredad?... Volverá a compadecerse de nosotros y arrojará a lo hondo del mal nuestros pecados*» (7m18 ss.); las consoladoras garantías ofrecidas por Isaías («*Arrepentíos, aunque vuestros pecados fueran como la grana, quedarán blancos como la nieve*» (1,18); la súplica de los hebreos desterrados (Bar. 2,11 ss.), etc.

Tanto el mal físico como el mal moral o pecado, hacen que los hijos e hijas de Israel se dirijan al Señor recurriendo a su misericordia. Así lo hizo David, con la conciencia de la gravedad de su culpa (2 Sam. 12;24,10). Y así lo hace también Job, después de sus rebeliones, en medio de su tremenda desventura...

Dios nada aborrece de lo que ha hecho..., hace como que no ve nuestros pecados para esperarnos a penitencia (Sab. 11,24 ss.).

Cap. 4: LA PARÁBOLA DEL HIJO PRÓDIGO

5 y 6. Analogía

Aunque la palabra «misericordia» no se encuentra en esta parábola es expresada y se desarrolla entre el amor del padre y

la prodigalidad y el pecado del hijo. Aquel hijo que recibe del padre la parte de patrimonio que le corresponde y abandona la casa para malgastarla en un país lejano, «viviendo disolutamente», es en cierto sentido el hombre de todos los tiempos, comenzando por aquél que primeramente perdió la herencia de la gracia y de la justicia original. La analogía en este punto es muy amplia. La parábola toca indirectamente toda clase de rupturas de la alianza de amor, toda pérdida de la gracia, todo pecado.

Aquel hijo «cuando hubo gastado todo..., comenzó a sentir necesidad», tanto más cuanto que sobrevino una gran carestía «en el país», al que había emigrado después de abandonar la casa paterna. En este estado de cosas, «hubiera querido saciarse» con algo, incluso «con las bellotas que comían los sacerdotes» que él mismo pastoreaba por cuenta de «uno de los habitantes de aquella región». Pero también esto le estaba prohibido.

El patrimonio que había recibido de su padre era un recurso de bienes materiales, pero más importante que estos bienes materiales *era su dignidad de hijo en la casa paterna.* Cuando él dijo: ¡Cuántos jornaleros en casa de mi padre tienen pan en abundancia y yo aquí me muero de hambre!», bajo estas palabras se esconde el drama de la dignidad perdida, la conciencia de la filiación echada a perder.

Es entonces cuando toma la decisión: *«Me levantaré e iré a mi Padre y le diré: Padre, he pecado* contra el cielo y contra ti; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo. Trátame como a uno de tus jornaleros». A través de la compleja situación material, en que el hijo pródigo había llegado a encontrarse debido a su ligereza, a causa del pecado, había ido madurando el sentido de la dignidad perdida..., y reconoce que había *ofendido a su padre* con su conducta.

La figura del padre del hijo pródigo nos revela a Dios como Padre, pues se le ve fiel a su paternidad, fiel al amor que desde siempre sentía por su hijo. Tal fidelidad se expresa en la parábola no sólo con la inmediata prontitud en acogerlo cuando vuelve a casa después de haber malgastado el patrimonio; se expresa aún más plenamente con aquella alegría, con aquella fastuosidad tan generosa respecto al disipador después de su

vuelta, de tal manera que suscita contrariedad y envidia en el hermano mayor, quien no se había alejado nunca del padre ni había abandonado la casa.

El padre movido por el amor, cuando divisó de lejos al hijo pródigo que volvía a casa, «le salió *conmovido* al encuentro, le echó los brazos al cuello y lo besó»... «*Había que hacer fiesta y alegrarse porque este hermano tuyo había muerto y ha resucitado, se había perdido y ha sido hallado*».

El amor del padre del hijo pródigo refleja el gran amor de Dios que se inclina hacia todo hijo pródigo, toda miseria humana y singularmente hacia toda miseria moral o pecado. Éste es el verdadero amor que «no se deja vencer por el mal», sino que «*vence con el bien al mal*» (Rom. 12,21).

Cap, 5.º: EL MISTERIO PASCUAL

7. Misericordia revelada en la cruz y en la resurrección

El misterio pascual es la pasión, muerte, resurrección y ascensión de Cristo al cielo, obra por la que realizó la redención humana en la que nos revela su grande amor y misericordia.

Cristo que «*pasó haciendo el bien y sanando*» (Hech, 10,38), «*curando toda clase de dolencias y enfermedades*» (Mt. 9,35), Él mismo parece merecer ahora la más grande misericordia y *apelarse a la misericordia* cuando es arrestado, ultrajado, condenado, flagelado, coronado de espinas; cuando es clavado en la cruz y espira entre terribles tormentos (Mc. 15,37; Jn. 19,30). Es entonces cuando merece de modo particular la misericordia de los hombres, a quienes ha hecho el bien, y no la recibe. Incluso aquéllos que están más cercanos a Él, no saben protegerlo y arrancarlo de las manos de los opresores.

En esta etapa final de la función mesiánica se cumplen en Cristo las palabras pronunciadas por los profetas, sobre todo Isaías, acerca del Siervo de Yahvé: «*por sus llagas hemos dio curados*» (53,5).

Cristo en cuanto hombre que sufre realmente y de modo terrible en el Huerto de los Olivos y en el Calvario, se dirige al

Padre, a aquel Padre, cuyo amor ha predicado a los hombres, cuya misericordia ha testimoniado con todas sus obras. Pero no le es ahorrado —precisamente a Él— el tremendo sufrimiento de la muerte en la cruz. *A quien no conoció el pecado, Dios le hizo pecado por nosotros* (2 Cor. 5,21) escribía San Pablo, resumiendo en pocas palabras toda la profundidad del misterio de la cruz y a la vez la dimensión divina de la realidad de la redención, que nos revela plenitud de la justicia y del amor.

En la pasión y muerte de Cristo —en el hecho de que el Padre no perdonó la vida de su Hijo, sino que lo *«hizo pecado por nosotros»*— se expresa la justicia absoluta, porque Cristo sufre la pasión y la cruz a causa de los pecados de la humanidad, y tal justicia, que es propiamente justicia «a medida» de Dios, nace toda ella del amor; del amor del Padre y del >Hijo, y fructifica toda ella en el amor. La redención comporta la revelación de la misericordia en su plenitud.

Creer en el Hijo crucificado significa *«ver al Padre»* (Jn. 14,9), significa creer que el amor está presente en el mundo y que este amor es más fuerte que toda clase de mal, en que el hombre, la humanidad, el mundo están metidos. Creer en ese amor significa *creer en la misericordia.*

8. Amor más fuerte que la muerte, más fuerte que el pecado

La cruz de Cristo en el Calvario es testimonio de la fuerza del mal contra el bien sumo, o sea, contra el mismo Hijo de Dios, contra aquél que era la suma inocencia y estaba libre de todo pecado. Y he ahí que, precisamente en Él, en Cristo se hace justicia del pecado y también de la muerte.

—*Se hace justicia del pecado* a precio de su sacrificio, de su obediencia hasta la muerte (Fil. 2,8). Al que estaba sin pecado, «Dios lo hizo pecado en favor nuestro» (2 Cor. 5,21).

—*Se hace justicia de la muerte* que, desde los comienzos de la historia del hombre, se había aliado con el pecado. Este hacer justicia de la muerte se lleva a cabo bajo el precio de la muerte del que estaba sin pecado y el único que podía —mediante la propia muerte— infligir la muerte a la misma muerte.

De este modo la cruz de Cristo, sobre la cual el Hijo, consubstancial al Padre, *hace plena justicia a Dios,* es también una *revelación radical de la misericordia,* es decir, del amor que sale al encuentro de lo que constituye la raíz misma del mal en la historia del hombre: al encuentro del pecado y de la muerte.

La cruz es como un toque del amor eterno sobre las heridas más dolorosas de la experiencia terrena del hombre, es el cumplimiento hasta el final, del programa mesiánico que Cristo formuló una vez en la Sinagoga de Nazaret (Lc. 4,18-21)... tal programa consistía en la revelación del amor misericordioso a los pobres, los que sufren, los prisioneros, los ciegos, los oprimidos y los pecadores... y con todos parece identificarse el Señor conforme a sus palabras: *«cada vez que habéis hecho estas cosas a uno de estos..., a Mí me lo hicisteis»* (Mt. 25,40). El programa mesiánico de Cristo es un proceso de misericordia...

El hecho de que Cristo «ha resucitado al tercer día» (1 Cor. 15,4) constituye el signo final de la misión mesiánica, signo que corona la entera revelación del amor misericordioso en el mundo sujeto al mal... En su resurrección Cristo *ha revelado al Dios de amor misericordioso,* precisamente porque *ha aceptado la cruz* como *vía hacia la resurrección.* Por eso —cuando recordamos la cruz de Cristo, su pasión y su muerte—, nuestra fe y nuestra esperanza se centran en el Resucitado... Éste es el Hijo de Dios que en su resurrección ha experimentado de manera radical en sí mismo la misericordia, es decir, el amor del Padre que es *más fuerte que la muerte...* y al término de su misión mesiánica se revela a sí mismo como fuente inagotable de misericordia, del mismo amor que, en la perspectiva ulterior de la historia de la salvación en la Iglesia, debe confirmarse permanentemente *más fuerte que el pecado.* El Cristo pascual es la encarnación definitiva de la misericordia...

9. La Madre de la misericordia

La liturgia del tiempo pascual pone en nuestros labios las palabras del salmo: *«Cantaré eternamente las misericordias del Señor»* (Sal. 89,2), y en el contenido profético de estas pala-

bras resuenan las ya pronunciadas por María durante la visita hecha a Isabel, mujer de Zacarías: *«Su misericordia de generación en generación»* (Lc. 1,50).

Tales palabras, ya desde el momento de la encarnación y especialmente después de la resurrección de Cristo, abren una nueva perspectiva en la historia de la salvación, pues desde entonces se van sucediendo siempre nuevas generaciones del Pueblo de Dios, marcadas por el estigma de la cruz y de la resurrección, «selladas» a su vez (2 Cor. 1,21 s.) con el signo del misterio pascual de Cristo, revelación absoluta de la misericordia proclamada por María en el umbral de la casa de su pariente: *«su misericordia de generación en generación»*.

Además María es la que de manera singular y excepcional ha experimentado, como nadie, la misericordia y, también de manera excepcional, ha hecho posible con el sacrificio de su corazón la propia participación en la revelación de la misericordia divina. Tal sacrificio está estrechamente vinculado con la cruz de su Hijo, a cuyos pies ella se encontraría en el Calvario...

María, pues, es la que *conoce más a fondo el misterio de la misericordia divina.* Sabe su precio y sabe cuán alto es. En este sentido la llamamos también *Madre de misericordia*: Virgen de misericordia o Madre de la divina misericordia; en cada uno de estos títulos se encierra un profundo significado teológico...

Estos títulos que atribuimos a la Madre de Dios nos hablan no obstante de ella, por encima de todo, como Madre del Crucificado y del Resucitado; como de *aquella que, habiendo experimentado la misericordia de modo excepcional, «merece»* de igual manera *tal misericordia* a lo largo de toda su vida terrena, en particular a los pies de la cruz de su Hijo...

«La maternidad de María en la economía de la gracia —tal como se expresa el Concilio Vaticano II— perdura sin cesar desde el momento del asentimiento que prestó fielmente en la Anunciación, y que mantuvo sin vacilar al pie de la cruz hasta la consumación perpetua de todos los elegidos. Pues asunta a los cielos, no ha dejado esta misión salvadora, sino que con su múltiple intercesión continúan obteniéndose los dones de la salvación eterna... (LG. 62).

Cap. 6.º: «MISERICORDIA... DE GENERACIÓN EN GENERACIÓN»

10. Imagen de nuestra generación

Tenemos pleno derecho, dice el Papa, a creer que también nuestra generación está comprendida en las palabras de la Madre de Dios, cuando glorificaba la misericordia, de la que *«de generación en generación»* son partícipes cuantos se dejan guiar por el temor de Dios.

Las palabras del «Magníficat» mariano tienen un contenido profético, que afecta no sólo al pasado de Israel, sino también al futuro del Pueblo de Dios sobre la tierra. *Somos* en efecto todos nosotros, los que vivimos hoy en la tierra, *la generación* consciente del aproximarse del tercer milenio y que *siente* profundamente *el cambio* que se está verificando en la historia.

La actividad creadora del hombre, su inteligencia y su trabajo, han provocado cambios profundos, tanto en el dominio de la ciencia y de la técnica como en la vida social y cultural.

El panorama del mundo contemporáneo presenta también sombras y desequilibrios no siempre superficiales... Son muchos los elementos que se combaten en el propio interior del hombre. A fuer de criatura, el hombre experimenta múltiples limitaciones, se siente sin embargo ilimitado en sus deseos y llamado a una vida superior...

«Ante la actual evolución del mundo, son cada día más numerosos los que se plantean o los que acometen con nueva penetración las cuestiones más fundamentales: *¿qué es el hombre? ¿Cuál es el sentido del dolor, del mal, de la muerte*, que, a pesar de tantos progresos hechos, *subsisten todavía?* ¿Qué valor tienen las victorias logradas a tan caro precio? (GS. 10).

11. Fuentes de inquietud

En nuestro mundo aumenta la sensación de amenaza. Aumenta el temor existente ligado sobre todo (como ya lo insinuó el Papa en la encíclica «Redemptor hominis») a la perspectiva

de un conflicto que, teniendo en cuenta los actuales arsenales atómicos, podrá significar la auto-destrucción parcial de la humanidad. Sin embargo, la amenaza no concierne únicamente a lo que los hombres pueden hacer a los hombres, valiéndose de los medios de la técnica militar; afecta también a otros muchos peligros, que son el producto de una civilización materialista, la cual —no obstante declaraciones «humanísticas»— acepta la primacía de las cosas sobre la persona.

El hombre contemporáneo tiene, pues, miedo de que con el uso de los medios inventados por este tipo de civilización, *cada individuo*, lo mismo que los ambientes, las comunidades, las sociedades, las naciones, *pueda ser víctima* del atropello de *otros* individuos, ambientes, sociedades...

En el mundo existen conflictos militares, torturas, atropellos políticos... y al lado de los hombres y de las sociedades bien acomodadas y saciadas, que viven en la abundancia, sujetas al consumismo y al disfrute, no faltan dentro de la misma familia humana individuos ni grupos sociales *que sufre el hambre*. No faltan niños que mueren de hambre a la vista de sus madres. No faltan en diversas partes del mundo, en diversos sistemas socioeconómicos, áreas enteras de miseria, de deficiencia y de subdesarrollo... Este hecho es universalmente conocido. *El estado de desigualdad* entre hombres y pueblos no sólo perdura, sino que va en aumento...

Esta imagen del mundo de hoy, donde existe tanto mal físico y moral como para hacer de él un mundo enredado en contradicciones y tensiones y, al mismo tiempo, lleno de amenazas dirigidas contra la libertad humana, la conciencia y la religión, explica la inquietud a la que está sujeto el hombre contemporáneo.

Esta inquietud está vinculada con el sentido mismo de la existencia del hombre en el mundo; es inquietud para el futuro del hombre y de toda la humanidad, y exige resoluciones decisivas que ya parecen imponerse al género humano.

12. ¿Basta la justicia?

Los hombres de nuestro tiempo claman por el sentido de la

justicia, y la Iglesia comparte con ellos este profundo y ardiente deseo de una vida justa bajo todos los aspectos y no se abstiene ni siquiera de someter a reflexión los diversos aspectos de la justicia, tal como lo exige la vida de los hombres y de las sociedades.

Prueba de ello es el campo de la doctrina social católica ampliamente desarrollada en el arco del último siglo. Siguiendo las huellas de tal enseñanza procede la educación y la formación de las conciencias humanas en el espíritu de la justicia, lo mismo que las iniciativas concretas, sobre todo en el ámbito del apostolado de los seglares, que se van desarrollando en este sentido.

No obstante, sería difícil no darse uno cuenta de que no raras veces *los programas que parten de la idea de la justicia* y que deben servir a ponerla en práctica en la convivencia de los hombres, de los grupos y de las sociedades humanas, *en la práctica sufren deformaciones...*, pues a veces el rencor, el odio e incluso la crueldad han tomado la delantera a la justicia. En tal caso el ansia de aniquilar al enemigo, de limitar su libertad y hasta de imponerle una dependencia total, se convierte en el motivo fundamental de la acción; esto contrasta con la esencia de la justicia, la cual tiende por naturaleza a establecer la igualdad y la equiparación entre las partes en el conflicto.

La experiencia del pasado y de nuestros tiempos demuestra que la justicia por sí sola no es suficiente y que, más aún, puede conducir a la negación y al aniquilamiento de sí misma, si no se le permite *a esa forma más profunda que es el amor* plasmar la vida humana en sus diversas dimensiones.

Teniendo a la vista la imagen de la generación a la que pertenecemos, *la Iglesia comparte la inquietud de tantos hombres contemporáneos*. Por otra parte, debemos preocuparnos también por *el ocaso* de tantos valores fundamentales que constituyen un bien indiscutible no sólo de la moral cristiana, sino simplemente de la *moral humana*, de la *cultura moral*, como el respeto a la vida humana desde el momento de la concepción, el respeto al matrimonio en su unidad indisoluble, el respeto a la estabilidad de la familia.

El permisivismo moral afecta sobre todo a este ámbito más

sensible de la vida y de la convivencia humana, A él van unidas la crisis de la verdad en las relaciones interhumanas, la falta de responsabilidad al hablar, la relación meramente utilitaria del hombre con el hombre, la disminución del sentido del auténtico bien común y la facilidad con que éste es enajenado.

Finalmente, existe la desacralización que a veces se transforma en «deshumanización»: el hombre y la sociedad para quienes nada es «sacro» van decayendo moralmente, a pesar de las apariencias.

Cap. 7.º: LA MISERICORDIA DE DIOS EN LA MISIÓN DE LA IGLESIA

La Iglesia profesando la misericordia como verdad salvífica de fe y permaneciendo siempre fiel a ella, tiene el derecho y el deber de recurrir a la misericordia de Dios, *implorándola* frente a todos los fenómenos del mal físico y moral, ante todas las amenazas que pesan sobre el entero horizonte de la vida de la humanidad contemporánea.

13. La Iglesia profesa la misericordia de Dios y la proclama

La Iglesia debe *profesar y proclamar la misericordia divina en toda su verdad,* cual nos ha sido transmitida por la revelación.

Si algunos teólogos afirman que la misericordia es el más grande entre los atributos y las perfecciones de Dios, la Biblia, la Tradición y toda la vida de fe del pueblo de Dios tan testimonio exhaustivo de ello, y a la verdad, aunque todos los atributos de Dios son grandes e infinitos, la misericordia sobresale y es el más ensalzado en las Sagradas Escrituras, pues, como dice el salmista: *«Su misericordia está sobre todas sus obras»* (145,9).

La Iglesia profesa la misericordia de Dios, la Iglesia vive de ella en su amplia experiencia de fe y también en sus enseñanzas, contemplando constantemente a Cristo, concentrándose en Él, en su vida y en su Evangelio, en su cruz y en su resurrección, en su misterio entero.

La Iglesia parece profesar de manera particular la miseri-

cordia de Dios y venerarla dirigiéndose al Corazón de Cristo, que tanto ama a los pecadores de los que espera el arrepentimiento para perdonarlos..., y vive y proclama la misericordia cuando acerca a los hombres a las fuentes de la misericordia del Salvador: a los sacramentos de la penitencia o reconciliación y de la Eucaristía. El de la penitencia allana el camino a cada uno, incluso cuando se siente bajo el peso de grandes culpas, y la Eucaristía nos acerca siempre a aquel *amor* que es más fuerte que la muerte.

Y porque existe el pecado en el mundo, al que *«Dios amó tanto... que le dio su Hijo unigénito»*, Dios que *«es amor»* (1 Jn. 4,8), *no puede revelarse de otro modo* si no es como misericordia.

14. La Iglesia trata de practicar la misericordia

Jesucristo ha enseñado que el hombre no sólo recibe y experimenta la misericordia de Dios, sino que está llamado a «usar misericordia» con los demás: *«Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia»* (Mt. 5,7). La Iglesia ve en estas palabras una llamada a la acción y se esfuerza por practicar la misericordia.

El hombre alcanza el amor misericordioso de Dios, su misericordia, en cuanto él mismo interiormente se transforma en el espíritu de tal amor hacia el prójimo.

Cristo, que es nuestro modelo en todo, nos enseña como podemos con toda humildad manifestar misericordia a los demás. Las palabras siguientes de Jesucristo nos dicen cómo nos salvaremos por las obras de misericordia, y cómo las hechas a los pobres o necesitados es como si se las hiciéramos a Él. *«Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del reino preparado para vosotros..., porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber..., enfermo y me visitasteis... Y le responderán los justos: ¿Cuándo te vimos hambriento y de alimentamos... y enfermo y fuimos a verte?... Y el Rey les dirá: En verdad os digo que cuantas veces hicisteis eso a uno de estos mis hermanos menores, a Mí me lo hicisteis»* (Mt. 25,34-40).

Bajo la base de Cristo, nuestro modelo, debemos purificar también continuamente todas nuestras acciones y todas nuestras intenciones, allí donde la misericordia es entendida y practicada de manera unilateral, como bien hecho a los demás. Sólo entonces, en efecto, es realmente un acto de amor misericordioso: cuando, practicándola, nos convencemos profundamente de que al mismo tiempo la experimentamos por parte de quienes la aceptan de nosotros.

La auténtica misericordia es por decirlo así la fuente más profunda de la justicia. Si esta última es de por sí apta para servir de «árbitro» entre los hombres en la recíproca repartición de los bienes objetivos según una medida adecuada, el amor en cambio, y solamente el amor (también ese amor benigno que llamamos «misericordia») es capaz de restituir el hombre a sí mismo.

La misericordia auténticamente cristiana es también, en cierto sentido, *la más perfecta encarnación* de la «igualdad» entre los hombres y por consiguiente también la encarnación más perfecta de la justicia, en cuanto también ésta, dentro de su ámbito mira al mismo resultado.

La igualdad introducida mediante la justicia se limita, sin embargo al ámbito de los bienes objetivos y extrínsecos, mientras el amor y la misericordia logran que los hombres se encuentren entre sí en ese valor que es el mismo hombre, con la dignidad que le es propia.

Al mismo tiempo, la «igualdad» de los hombres mediante el amor «*paciente y benigno*« (1 Cor. 13,4) no borra las diferencias:el que da se hace más generoso, cuando se siente contemporáneamente gratificado por el que recibe su don; viceversa, el que sabe recibir el don con la conciencia de que también él, acogiéndolo, hace el bien, sirve por su parte a la gran causa de la dignidad de la persona y esto contribuye a unir a los hombres entre sí de manera más profunda.

El mundo de los hombres puede hacerse cada vez más humano, únicamente si introducimos en el ámbito pluriforme de las relaciones humanas y sociales junto con la justicia, el «amor misericordioso» que constituye el mensaje mesiánico del Evangelio, y solamente lo lograremos si en todas las relaciones recí-

procas que plasman su rostro moral introducimos el momento del *perdón* tan esencial al Evangelio. El perdón atestigua que en el mundo está presente *el amor más fuerte que el pecado.*

El perdón es además la condición fundamental de la reconciliación, no sólo en la relación de Dios con el hombre, sino también en las recíprocas relaciones entre los hombres. Un mundo del que se eliminase el perdón, sería solamente un mundo de justicia fría e irrespetuosa.

En el nombre del misterio de la misericordia, Cristo nos enseña a perdonar siempre. ¡Cuántas veces repetimos las palabras de la oración que Él mismo nos enseñó, pidiendo: *«perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos* a los que nos ofenden», es decir, a aquéllos que son culpables de algo respecto a nosotros! Tenemos que perdonar para que Dios nos perdone... San Pablo nos invita a soportarnos *«mutuamente con amor»* (Ef. 4,2).

¿Cuántas veces, le dijo el apóstol Pedro a Jesucristo, debo perdonar a mi prójimo, y Él le contestó con esta cifra simbólica *«setenta veces siempre»* (Mt. 18,22), queriendo decir con ello que debería saber perdonar a todos y siempre.

Cap. 8.º: LA ORACIÓN DE LA IGLESIA DE NUESTROS TIEMPOS

15. La Iglesia recurre a la misericordia divina

La Iglesia proclama la verdad de la misericordia de Dios, revelada en Cristo crucificado y resucitado, y la profesa de varios modos. Además, trata de practicar la misericordia, viendo en ello una condición indispensable de la solicitud por un mundo mejor y «más humano», hoy y mañana.

La Iglesia, en ningún momento, puede olvidar *la oración que es un grito a la misericordia de Dios* ante las múltiples formas del mal que pesan sobre la humanidad y la amenazan...

Estos poderosos clamores deben estar presentes en la Iglesia de nuestros tiempos, dirigidos a Dios, para implorar su misericordia, cuya manifestación ella profesa y proclama en cuanto

realizada en Jesús crucificado y resucitado, esto es, en el misterio pascual. En este misterio el que lleva en sí la más completa revelación de la misericordia, es decir, del amor que es más fuerte que la muerte, más fuerte que el pecado y que todo mal, el amor que eleva al hombre de las caídas graves y lo liberta de las grandes amenazas.

Con tal grito nos volvemos, como todos los escritores sagrados, al Dios que no puede despreciar nada de lo que ha creado (Sab. 11,24), al Dios que es fiel a sí mismo, a su paternidad y a su amor. Y al igual que los profetas, recurramos al amor que tiene características maternas y, a semejanza de una madre, sigue a cada uno de sus hijos, a toda oveja extraviada, aunque hubiese millones de extraviados, aunque en el mundo la iniquidad prevaleciese sobre la honestidad, aunque la humanidad contemporánea mereciese por sus pecados un nuevo «diluvio», como lo mereció en su tiempo la generación de Noé.

Recurramos al amor que Cristo nos ha revelado en su misión mesiánica y que alcanza su culmen en la cruz, en su muerte y resurrección. Recurramos a Dios mediante Cristo, recordando las palabras del *Magníficat* de María, que proclama la misericordia *de generación en generación*». Imploremos la misericordia divina para la generación contemporánea.

Elevemos nuestras *súplicas, guiados por la fe, la esperanza, la caridad* que Cristo ha injertado en nuestros corazones. Esta actitud es asimismo amor hacia Dios, cuya ofensa-rechazo por parte del hombre contemporáneo sentimos profundamente, dispuestos a gritar con Cristo en la cruz: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lc. 23,34).

Esto es al mismo tiempo *amor a los hombres*, a todos los hombres sin excepción y división alguna: sin diferencias de raza, cultura, lengua, concepción del mundo, sin distinción entre amigos y enemigos. Esto es amor a los hombres que desean todo bien verdadero, a cada uno y a toda la comunidad humana, a toda familia, nación, grupo social: a los jóvenes, los adultos, los padres, los ancianos, los enfermos; es amor a todos, sin excepción.

Esto es amor, es decir, solicitud premurosa para garantizar a cada uno todo bien auténtico y alejar y conjurar el mal.

El Papa concluye así su carta: Y, si alguno de los contemporáneos no comparte la fe y la esperanza que me inducen, en cuanto siervo de Cristo y ministro de los misterios de Dios, a implorar en esta hora de la historia la misericordia de Dios en favor de la humanidad, que trate al menos de comprender *el motivo de esta premura. Está dictada por amor al hombre,* a todo lo que es humano y que, según la intuición de la gran parte de los contemporáneos, está amenazado por un peligro inmenso.

En el nombre de Jesucristo, crucificado y resucitado, *elevemos nuestra voz y supliquemos* que en esta etapa de la historia se revele una vez más aquel Amor que está en el Padre y que por obra del Hijo y del Espíritu Santo se haga presente en el mundo contemporáneo como más fuerte que el mal: más fuerte que el pecado y la muerte.

Supliquemos por intercesión de Aquélla que no cesa de proclamar «la misericordia de generación en generación», y también de aquéllos en quienes se han cumplido hasta el final las palabras del sermón de la montaña: *«Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia»* (Mt. 5,7).

Tercera Carta Encíclica

LABOREM EXERCENS

(El trabajo humano)

Esta carta iba a firmarse el 15 de mayo de 1981. Dos días antes el Papa sufría el atentado y se atrasó unos meses. Se conmemoraban los 90 años de la primera gran encíclica social de León XIII, la «Rerum Novarum», y como ya hiciera Pablo VI con la «Otogesima adveniens», Juan Pablo II juzgó oportuno reflexionar sobre el gran problema del trabajo.

Hecho *a imagen y semejanza de Dios* en el mundo visible y puesto en él para que dominase la tierra, el hombre está por ello, desde el principio, llamado *al trabajo*, es decir, es capaz de trabajar y así procurarse el pan cotidiano y contribuir al progreso y elevación cultural y moral de la sociedad.

Capítulo 1.º: INTRODUCCIÓN

1. El trabajo humano 90 años después de la «Rerum Novarum»

El Papa empieza diciendo: «Habiéndose cumplido, el 15 de mayo del año en curso, *noventa años*, desde la publicación de la «Rerum Novarum»..., deseo dedicar este documento precisamente al *trabajo humano*, y más aún deseo dedicarlo al *hombre* en el vasto contexto de esa realidad que es el trabajo».

El trabajo es uno de estos aspectos, perenne y fundamental, siempre actual y que exige constantemente una renovada atención y un decidido testimonio... Si bien es verdad que el hombre se nutre con el pan del trabajo de sus manos, es decir, no sólo de ese pan de cada día que mantiene vivo su cuerpo, sino también del pan de la ciencia y del progreso, de la civili-

zación y de la cultura, entonces es también verdad perenne que él se nutre de ese pan *con el sudor de su frente* (Gén. 3,19).

Situándonos ya en tiempos relativamente recientes, la revolución industrial con los diversos cambios originó situaciones contrarias a la dignidad humana y la Iglesia intervino con firmeza para defender a los más débiles y acosados por la injusticia.

2. En una línea de desarrollo orgánico de la acción y enseñanza social de la Iglesia

El trabajo, ciertamente, en cuanto problema del hombre, ocupa el centro mismo de la «cuestión social», a la que durante los casi cien años transcurridos desde la publicación de la «Rerum Novarum» se dirigen de modo especial las enseñanzas de la Iglesia y las múltiples iniciativas relacionadas con su misión apostólica.

El trabajo es «cosa antigua», tan antigua como el hombre y su vida sobre la tierra. La situación general en el mundo contemporáneo, exige, sin embargo, que se descubran los *nuevos significados del trabajo* humano y que se formulen asimismo los nuevos *cometidos* que en este campo se brindan a cada hombre, a cada familia, a cada Nación, a todo el género humano, y finalmente a la misma Iglesia.

La cuestión social no ha dejado de ocupar la atención de la Iglesia. Prueba de ello son los numerosos documentos del Magisterio, publicados por los Pontífices, así como por el Concilio Vaticano II, y documentos de especial interés para quien desee profundizar en la cuestión, tiene las encíclicas «Pacem in terris», de Juan XXIII y «Populorum Progressio», de Pablo VI, además de la «Constitución conciliar Gaudium et Spes»...

La cuestión social debe ser tratada en su dimensión integral y compleja. El compromiso en favor de la justicia debe estar íntimamente unido con el compromiso en favor de la paz en el mundo contemporáneo.

La distribución desproporcionada de riqueza y miseria, la existencia de Países y Continentes desarrollados y no desarro-

llados, exigen una justa distribución y la búsqueda de vías para un justo desarrollo de todos.

Si en el pasado, como centro de tal cuestión, se ponía de relieve ante todo *el problema de la «clase»*, en épocas más recientes se coloca en primer plano *el problema del «mundo»*. Por tanto, se considera no sólo el ámbito de la clase, sino también el ámbito mundial de la desigualdad y de la injusticia...

3. El problema del trabajo, clave de la cuestión social

La doctrina social de la Iglesia tiene su fuente en la Sagrada Escritura, comenzando por el libro del Génesis y, en particular, en el Evangelio y en los escritos apostólicos. Esa doctrina perteneció desde el principio a la enseñanza de la Iglesia misma, a su concepción del hombre y de la vida social y, especialmente, a la moral social elaborada según las necesidades de las distintas épocas.

Este patrimonio tradicional ha sido después heredado y desarrollado por las enseñanzas de los Pontífices sobre la moderna «cuestión social»...

El trabajo humano es una clave, quizá la *clave esencial* de toda la cuestión social, si tratamos de verla verdaderamente desde el punto de vista del bien del hombre... y en realidad la *clave* del enfoque cristiano está en no olvidar jamás el *bien integral* del hombre, en toda su amplitud. Ninguna otra consideración material —eficacia, beneficios, técnica— debe oponerse al intento de hacer la vida más humana.

Cap. 2.º: EL TRABAJO Y EL HOMBRE

4. En el libro del Génesis

La Iglesia cree en el hombre y piensa en el hombre y se dirige a él *no sólo* a la luz de la experiencia histórica, no sólo con la ayuda de los múltiples métodos del conocimiento científico, sino ante todo a la luz de la palabra revelada del Dios vivo.

Al hacer referencia al hombre, ella trata *de expresar los designios* eternos y los *destinos transcendentes* que el Dios *vivo*, Creador y Redentor ha unido al hombre.

La Iglesia halla ya *en las primeras páginas del libro del Génesis* la fuente de su convicción según la cual el trabajo constituye una dimensión fundamental de la existencia humana sobre la tierra.

Cuando el hombre, hecho *«a imagen de Dios ...varón y hembra»* (Gén. 1,27), siente las palabras: «*Procread y multiplicaos, y henchid la tierra, sometedla*», aunque estas palabras no se refieren directa y explícitamente al trabajo, indirectamente ya se lo indican sin duda alguna como una actividad a desarrollar en el mundo... Más aún, demuestran su misma esencia más profunda.

Está claro que con el término «tierra», del que habla el texto bíblico, se debe entender ante todo la parte del universo visible en el que habita el hombre; por extensión, sin embargo, se puede entender todo el mundo visible, dado que se encuentra en el radio de influencia del hombre y de su búsqueda por satisfacer las propias necesidades.

La expresión «someter la tierra» tiene un amplio alcance. Indica todos los recursos de la tierra (e indirectamente el mundo visible) encierra en sí y que, mediante la actividad consciente, pueden ser descubiertos y oportunamente usados. De esta manera, aquellas palabras puestas al principio de la Biblia, *no dejan de ser actuales*... Y el hombre con su trabajo se hace cada vez más dueño de la tierra...

5. El trabajo en sentido objetivo: la técnica

El dominio del hombre sobre la tierra se realiza en el trabajo y mediante el trabajo. Emerge así el significado del *trabajo en sentido objetivo*... El hombre domina ya la tierra por el hecho de que domestica los animales, los cría y de ellos saca el alimento y vestido necesarios, y por el hecho de que puede extraer de la tierra y de los mares diversos recursos naturales. Pero mucho más «somete la tierra», cuando el hombre empieza a

cultivarla y posteriormente elabora sus productos, adaptándolos a sus necesidades.

Hoy, en la industria y en la agricultura la actividad del hombre ha dejado de ser, en muchos casos, un trabajo prevalentemente manual, ya que la fatiga de las manos y de los músculos es ayudada por *máquinas y mecanismos cada vez más perfeccionados.*

El desarrollo industrial pone la base para plantear de manera nueva el problema del trabajo humano. Tanto la primera industrialización, que creó la llamada cuestión obrera, como los sucesivos cambios industriales y postindustriales, demuestran de manera elocuente que, también en la época del «trabajo» cada vez más mecanizado, *el sujeto propio del trabajo sigue siendo el hombre.*

Entendida la técnica no como capacidad o aptitud para el trabajo, sino como *un conjunto de instrumentos* de los que el hombre se vale en su trabajo, la técnica es indudablemente una aliada del hombre. Ella le facilita el trabajo, lo perfecciona, lo acelera y lo multiplica...; pero, por otra parte la técnica puede transformarse de aliada en adversario del hombre al quitar puestos de trabajo a muchos trabajadores antes ocupados, o cuando mediante la exaltación de la máquina reduce al hombre a ser su esclavo.

6. El trabajo en sentido subjetivo: el hombre, sujeto del trabajo

Las palabras del libro del Génesis a las que nos referimos en este análisis, hablan indirectamente del trabajo en sentido objetivo; mas a la vez hablan también del sujeto del trabajo, y lo que dicen es muy elocuente y está lleno de un gran significado.

El hombre debe someter la tierra, debe dominarla, porque como «imagen de Dios» es una persona, es decir, un ser subjetivo capaz de obrar de manera programada y racional... *Como persona, el hombre es pues sujeto del trabajo.* Como persona trabaja, realiza varias acciones pertenecientes al proceso del trabajo...

Así ese «dominio» del que habla el texto bíblico que esta-

mos analizando, se refiere no sólo a la dimensión objetiva del trabajo, sino que nos introduce contemporáneamente en la comprensión de su dimensión subjetiva.

No hay duda de que el trabajo humano tiene un valor ético, el cual está vinculado completa y directamente al hecho de que quien lo lleva a cabo es una persona, un sujeto consciente y libre, es decir, un sujeto que decide de sí mismo.

En la *edad antigua* el trabajo que exigía de parte del trabajador el uso de sus fuerzas físicas, el trabajo de los músculos y manos, era considerado indigno de los hombres libres y por ello era ejecutado por los esclavos. El cristianismo, ampliando algunos aspectos ya contenidos en el Antiguo Testamento, ha llevado a cabo una fundamental transformación de conceptos, partiendo de todo el contenido del mensaje evangélico y sobre todo del hecho de que Aquél, *que siendo Dios* se hizo semejante a nosotros en todo (Heb. 2,17), dedicó la mayor parte de los años de su vida terrena al *trabajo manual* junto al banco del carpintero.

Esta circunstancia constituye por sí sola el más elocuente «Evangelio del trabajo», que manifiesta cómo el fundamento para determinar el valor del trabajo humano no es en primer lugar el tipo del trabajo que se realiza, sino el hecho de que quien lo ejecuta es una persona. Las fuentes de la dignidad del trabajo deben buscarse principalmente no en su dimensión objetiva, sino en su dimensión subjetiva.

En esta concepción desaparece casi el fundamento mismo de la antigua división de los hombres en clases sociales, según el tipo de trabajo que realizasen, y esto quiere decir que *el primer fundamento del valor del trabajo es el hombre mismo, su sujeto.* El hombre ciertamente está llamado al trabajo, pero ante todo el trabajo está «en función del hombre» y no el hombre «en función del trabajo». Cada uno,. pues, de los trabajos realizados se mide sobre todo con el *metro de la dignidad* del sujeto mismo del trabajo, o sea de la persona, *del hombre que lo realiza.*

7. Una amenaza al justo orden de los valores

Pensar en el trabajo como simple mercancía es una inver-

sión del justo orden, ya que debemos considerarlo en relación al hombre que lo realiza...

Según algunos, el trabajo se entendía y se trataba como una especie de «mercancía», que el trabajador —especialmente el obrero de la industria— vende al empresario, que es a la vez el poseedor del capital, o sea del conjunto de los instrumentos de trabajo y de los medios que hacen posible la producción... Las formulaciones explícitas de este tipo casi han ido desapareciendo, cediendo a un modelo más humano de pensar y valorar el trabajo.

La interacción entre el hombre del trabajo y el conjunto de los instrumentos y de los medios de producción ha dado lugar al desarrollo de diversas formas de capitalismo...; mas a pesar de todo, el *peligro* de considerar el trabajo como una «mercancía sui géneris», o como una anónima «fuerza» necesaria para la producción (se habla incluso de «fuerza-trabajo»), *existe siempre*, especialmente cuando toda la visual de la problemática económica esté caracterizada por las premisas del economismo materialista, en el que se da importancia primordial a la dimensión objetiva del trabajo, mientras la subjetiva, permanece a un nivel secundario, cuando el hombre debiera ser tratado como sujeto eficiente y su veradero artífice y creador.

8. Solidaridad de los hombres del trabajo

Aunque el sujeto del trabajo sea siempre el mismo, o sea el hombre, sin embargo en el aspecto objetivo se verifican transformaciones notables. Aunque se puede decir que *el trabajo* a causa de su sujeto es *uno*, sin embargo considerando sus direcciones objetivas, hay que constatar que *existen muchos trabajos:* tantos trabajos distintos.

En el proceso del desarrollo de la civilización humana, no sólo aparecen nuevas formas de trabajo, sino que también otras desaparecen... y aunque no faltan en él ciertas irregularidades y anomalías alguna vez, por ellas en el siglo pasado surgió la llamada «cuestión obrera», que ha dado origen a una justa reacción social, y es lo que ha hecho surgir y casi irrumpir un

gran impulso de solidaridad entre los hombres del trabajo y, ante todo, entre los trabajadores de la industria.

La llamada a la solidaridad y a la acción común, lanzada a los hombres del trabajo, tenía un importante valor y su elocuencia desde el punto de vista de la ética social. Era la reacción *contra la degradación del hombre, como sujeto del trabajo*, y contra la inaudita y concomitante explotación en el campo de las ganancias de las condiciones de trabajo y de previdencia hacia la persona del trabajador.

¿Fue justificada esa reacción de los obreros? La Iglesia reconoce que fue justificada, *desde la óptica de la moral social*, porque tal reacción era contra el sistema de injusticia y de daño, que pedía venganza al cielo (Dt. 24,15; Sant. 5,4) y que pesaba sobre el hombre del trabajo en aquel período de rápida industrialización.

Cuando son conculcados los derechos del hombre y del trabajo, justo es que nos sigamos preguntando entre el *sujeto del trabajo* y las condiciones en las que vive... La solidaridad debe estar siempre presente allí donde lo requiere la degradación social del sujeto del trabajo, la explotación de los trabajadores y las crecientes zonas de miseria e incluso de hambre.

9. Trabajo-dignidad de la persona

La intención fundamental y primordial de Dios respecto del hombre, que Él *«creó... a su semejanza, a su imagen»* (Gén. 1,26-27) no ha sido revocada ni anulada ni siquiera cuando el hombre, después de haber roto la alianza original con Dios, oyó las palabras: *«Con el sudor de tu rostro comerás el pan»* (Gén. 3,19). Estas palabras se refieren a la *fatiga a veces pesada*, que desde entonces acompaña al trabajo humano, pero no cambian el hecho de que éste es el camino por el que el hombre *realiza el «dominio»*, que le es propio sobre el mundo visible «sometiendo» la tierra.

Esta fatiga es un hecho universalmente conocido, porque es universalmente experimentado. Lo saben los hombres del trabajo manual, los agricultores, los mineros en las minas, los

que trabajan en las obras de albañilería, los vinculados a la mesa del trabajo intelectual, los médicos, los enfermeros, las mujeres en sus casas y en la educación de los hijos... Lo saben todos los hombres, mas no obstante esta fatiga, el trabajo es un bien del hombre.

El trabajo es no sólo un bien «útil» o «para disfrutar», sino un bien «digno», es decir, que corresponde a la dignidad del hombre... y es también un bien de la humanidad, porque mediante el trabajo el hombre *no sólo transforma la naturaleza* adaptándola a las propias necesidades, sino que se *realiza a sí mismo* como hombre, es más, en un cierto sentido «se hace más hombre». Si se prescinde de esta consideración no se puede comprender el significado de la virtud de la laboriosidad...

Es sabido además, que es posible usar de diversos modos de trabajo *contra el hombre*, al que se puede castigar con el sistema de trabajos forzados en los *campos de concentración*, que se puede hacer del trabajo un medio de opresión del hombre... Todo cuanto contribuye a degradar al hombre a causa del trabajo debe evitarse, porque menoscaba su propia dignidad...

10. Trabajo y sociedad: familia, nación

El trabajo es el fundamento sobre el que se forma *la vida familiar*, la cual es un derecho natural y una vocación del hombre. Estos dos ámbitos de valores, uno relacionado con trabajo personal y otro consecuente con el carácter de la vida humana, deben unirse entre sí correctamente y correctamente compenetrarse.

El trabajo es, en un cierto sentido, una condición para hacer posible la fundación de una familia, ya que ésta exige los medios de subsistencia que el hombre adquiere normalmente mediante el trabajo. Trabajo y laboriosidad condicionan a su vez todo el *proceso de educación*, dentro de la familia, precisamente por la razón de que cada uno «se hace hombre», entre otras cosas, mediante el trabajo. La familias es al mismo tiempo, *una comunidad hecha posible gracias al trabajo* y la primera *escuela interior de trabajo* para todo hombre.

El tercer ámbito de valores que emerge en la presente perspectiva —en la perspectiva del sujeto del trabajo— se refiere a esa *gran sociedad*, a la que pertenece el hombre en base a particulares vínculos culturales e históricos, y que debe ser la gran «educadora» de cada hombre..., y éste mirando al bien de la nación debe encaminar su trabajo como incremento del bien común...

Cap. 3.º: CONFLICTO ENTRE EL TRABAJO Y CAPITAL EN LA PRESENTE FASE HISTÓRICA

11. Dimensión de este conflicto

Aunque el trabajo va unido a la fatiga y al esfuerzo, no deja de ser un bien, de modo que el hombre se desarrolla mediante el amor al trabajo. Este carácter del *trabajo humano*, totalmente *positivo y creativo, educativo y meritorio,* debe constituir el fundamento de las valoraciones y de las decisiones, que hoy se toman al respecto, incluso referidas a los *derechos subjetivos del hombre*, como atestiguan las *Declaraciones* internacionales...

Se sabe que en todo este período, desde la «Rerum novarum», el problema del trabajo ha sido planteado en el contexto del gran *conflicto,* que en la época del desarrollo industrial y junto con éste se ha manifestado *entre* el *«mundo del capital»* y el *«mundo del trabajo»*, es decir, entre el grupo restringido, pero muy influyente, de los empresarios, propietarios o poseedores de los medios de producción y la más vasta multitud de gente que no disponía de estos medios, y que participaba, en cambio, en el proceso productivo exclusivamente mediante el trabajo.

Tal conflicto ha surgido por el hecho de que los trabajadores, ofreciendo sus fuerzas para el trabajo, las ponían a disposición del grupo de los empresarios, y que éste, guiado por el principio del máximo rendimiento, trataba de establecer el salario más bajo posible para el trabajo realizado por los obreros. A esto hay que añadir también otros elementos unidos con la falta de seguridad en el trabajo y también de garantías sobre

las condiciones de salud y de vida de los obreros y de sus familias.

Este conflicto interpretado por algunos como un *conflicto* socio-económico con *carácter de clase* ha encontrado su expresión en el *conflicto ideológico* entre el liberalismo entendido como ideología del capitalismo y el marxismo...

Los grupos inspirados por la ideología marxista como partidos políticos, tienden, en función del principio de la «dictadura del proletariado», y ejerciendo influjos de distinto tipo, comprendida la presión revolucionaria, *al monopolio del poder en cada una de las sociedades*, para introducir en ellas, mediante la supresión de la propiedad privada de los medios de producción, el sistema colectivista...

12. Prioridad del trabajo

Un principio enseñado siempre por la iglesia es *el principio de la prioridad del «trabajo» frente al «capital»*. Este principio se refiere directamente al proceso mismo de producción, respecto al cual el trabajo es siempre *una causa eficiente* primaria, mientras el «capital», siendo el conjunto de los medios de producción, es sólo un *instrumento* o la causa instrumental.

Con el trabajo ha estado siempre vinculado desde el principio el problema de la propiedad: en efecto, para hacer servir para sí y para los demás los recursos escondidos en la naturaleza, el hombre tiene como único medio su trabajo.

Conviene subrayar y poner de relieve la primacía del hombre en el proceso de producción, la primacía del hombre en el proceso de su producción, *la primacía del hombre respecto de las cosas.* Todo lo que está contenido en el concepto de «capital» —en sentido restringido— es solamente un conjunto de cosas. El hombre como sujeto del trabajo, e independientemente del trabajo que realiza, el hombre, él sólo, es una persona.

13. Economismo y materialismo

A la luz de esta verdad, se ve claramente que no se puede separar el «capital» del trabajo, y que de ningún modo se pueden contraponer el trabajo al capital ni el capital al trabajo, ni menos aún los hombres concretos, que están detrás de estos conceptos los unos a los otros.

El *error del economismo* es considerar el trabajo humano exclusivamente según su finalidad económica, y se puede llamar *error del materialismo,* en cuanto que el economismo incluye, directa o indirectamente la convicción de la primacía y de la superioridad de lo que es material, mientras por otra parte el economismo sitúa lo que es espiritual y personal, directa o indirectamente, en una posición subordinada a la realidad material.

También en el materialismo dialéctico el hombre no es ante todo sujeto del trabajo y causa eficiente del proceso de producción, sino que es entendido y tratado como dependiendo de lo que es material, como una especie de «resultante» de las relaciones económicas y de producción predominantes en una determinada época.

14. Trabajo y propiedad

Cuando se habla de la antinomia o contradicción entre trabajo y capital, no se trata sólo de conceptos abstractos o de «fuerzas anónimas», que actúan en la producción económica. Detrás de uno y otro concepto están los hombres, los hombres, vivos, concretos; por una parte aquéllos que realizan el trabajo sin ser propietarios de los medios de producción, y por otra aquéllos que hacen de empresarios y son los propietarios de estos medios, o bien representan a los propietarios.

Así pues, en el conjunto de este difícil proceso histórico, desde el principio *está el problema de la propiedad.* La encíclica «Rerum novarum», que tiene como tema la cuestión social, pone el acento también sobre este problema, recordando y confirmando la doctrina de la Iglesia sobre la propiedad, sobre

el derecho a la propiedad privada, incluso cuando se trata de los medios de producción. La tradición cristiana no ha sostenido nunca este derecho como absoluto e intocable.

La *propiedad privada* es un derecho, pero no puede absolutizarse porque los bienes tienen un destino universal y nadie puede apropiárselos con detrimento de los demás.

15. Argumento «personalista»

El principio de la prioridad del trabajo respecto al capital es un postulado que pertenece al orden de la moral social. Este postulado tiene importancia clave tanto en un sistema basado sobre el principio de la propiedad privada de los medios de producción, como en el sistema en que se haya limitado, incluso radicalmente, la propiedad privada de estos medios.

Hay que subrayar, en general, que el hombre que trabaja desea *no sólo* la debida *remuneración* por su trabajo, sino también que sea tomada en consideración, en el proceso mismo de producción, la posibilidad de que él, a la vez que trabaja, incluso en una propiedad común, *sea consciente* de que está trabajando *«en algo propio»*.

Si admitimos que algunos ponen fundados reparos al principio de la propiedad privada —y en nuestro tiempo somos testigos de la introducción del sistema de la propiedad «socializada»— *el argumento* personalista sin embargo, *no pierde su fuerza*, ni a nivel de principio ni a nivel *práctico*. Para ser racional y fructuosa, toda socialización de los medios de producción debe tomar en consideración este argumento. Hay que hacer todo lo posible para que el hombre, incluso dentro de este sistema, pueda conservar la conciencia de trabajar en «algo propio». En caso contrario, en todo el proceso económico surgen necesariamente daños incalculables, daños no sólo económicos, sino ante todo daños para el hombre.

Cap. 4.º: DERECHOS DE LOS HOMBRES DEL TRABAJO

16 y 17. En el amplio contexto de los derechos humanos

Si el trabajo es una obligación, es decir, un deber, es también a la vez una fuente de derechos por parte del *trabajador*. Estos *derechos* deben ser examinados en el amplio *contexto del conjunto de los derechos del hombre* que le son connaturales... El respeto de este vasto conjunto de los derechos del hombre, constituye la condición fundamental para la paz del mundo contemporáneo.

Los derechos humanos que brotan del trabajo, entran precisamente dentro del más amplio contexto de los derechos fundamentales de la persona...

El hombre debe trabajar por respeto al prójimo, especialmente por respeto a la propia familia, pero también a la sociedad a la que pertenece, a la nación de la que es hijo o hija, a la entera familia humana de la que es miembro, ya que es heredero del trabajo de generaciones y al mismo tiempo coartífice del futuro de aquéllos que vendrán después de él con el sucederse de la historia. Todo esto constituye la obligación moral del trabajo, entendido en su más amplia acepción.

En efecto, hablando de la obligación del trabajo y de los derechos del trabajador, correspondientes a esta obligación, tenemos presente, ante todo, la relación entre el *empresario — directo e indirecto—* y el mismo trabajador.

La distinción entre empresario directo e indirecto parece ser muy importante en consideración de la organización real del trabajo y de la posibilidad de instaurar relaciones justas o injustas en el sector del trabajo.

La responsabilidad del empresario indirecto es distinta de la del empresario directo, como lo indica la misma palabra: la responsabilidad es menos directa; pero sigue siendo verdadera responsabilidad: el empresario indirecto determina sustancialmente uno u otro aspecto de la relación de trabajo y condiciona de este modo el comportamiento del empresario directo

cuando este último determina concretamente el contrato y las relaciones laborales...

18. El problema del empleo

Considerando los derechos de los hombres del trabajo, precisamente en relación con el «empresario indirecto», es decir, con el conjunto de las instancias a escala nacional e internacional responsables de todo ordenamiento de la política laboral, se debe prestar atención en primer lugar a un *problema fundamental.* Se trata del problema de conseguir trabajo, de encontrar un *empleo adecuado para todos los sujetos capaces de él.* Lo contrario de una situación justa y correcta en este sector es el desempleo, es decir, la falta de puestos de trabajo para los sujetos capacitados.

Se convierte en problema particularmente doloroso, cuando los afectados son principalmente los jóvenes, quienes, después de haberse preparado mediante una adecuada formación cultural, técnica y profesional, no logran encontrar un puesto de trabajo y ven frustradas con pena su sincera voluntad de trabajar y su disponibilidad de asumir la propia responsabilidad para el desarrollo económico y social de la comunidad...

Para salir al paso del peligro del desempleo, para asegurar empleo a todos, las instancias que han sido definidas aquí como «empresario indirecto» deben proveer a una *planificación global*, con referencia a esa disponibilidad de trabajo... en el que el Estado debe intervenir...

Echando una mirada sobre la familia humana entera, esparcida por la tierra, no se puede menos de quedar impresionados ante un *hecho desconcertante* de grandes proporciones, es decir, el hecho de que, mientras por una parte siguen sin utilizarse conspicuos recursos de la naturaleza, existen por otra grupos enteros de desocupados o subocupados y un sin fin de multitudes hambrientas...

19. Salario y otras prestaciones sociales

El problema-clave de la ética social es el de la *justa remuneración* por el trabajo realizado. No existe en el contexto actual otro modo mejor para cumplir la justicia en las relaciones trabajador-empresario que el constituido precisamente por la remuneración del trabajo... La relación entre el empresario (principalmente directo) y el trabajador se resuelve en base al salario: es decir, mediante la justa remuneración del trabajo realizado...

La verdadera promoción de la mujer exige que el trabajo se estructure de manera que no deba pagar su promoción con el abandono del carácter específico propio y en perjuicio de la familia en la que como madre tiene un papel insustituible.

Además del salario, aquí entran en juego *algunas otras prestaciones sociales* que tienen por finalidad la de asegurar la vida y la salud de los trabajadores y de su familia... Otro sector relativo a las prestaciones es el vinculado con el *derecho al descanso;* se trata ante todo de regular el descanso semanal, que comprenda al menos el domingo, y además el reposo de vacaciones una vez al año... derecho de pensión, seguro de vejez...

20. Importancia de los sindicatos

Sobre la base de todos estos derechos, junto con la necesidad de asegurarlos por parte de los mismos trabajadores, brota aún otro derecho, es decir, el *derecho a asociarse*; esto es, a formar asociaciones o uniones que tengan como finalidad la defensa de los intereses vitales de los hombres empleados en las diversas profesiones. Estas uniones llevan el nombre de *sindicatos*.

La defensa de los intereses existenciales de los trabajadores en todos los sectores, en que entran en juego sus derechos, constituye el cometido de los sindicatos, que pueden considerarse como *un exponente de la lucha por la justicia social,* por los justos derechos de los hombres del trabajo según las distintas profesiones..., pero no son una lucha «contra» los demás, sino una solicitud por el bien común.

No se debe abusar del *derecho a la huelga*, porque éste puede conducir a la paralización de toda la vida socio-económica y esto es contrario a las exigencias del bien común de la sociedad, que corresponde también a la naturaleza bien entendida del trabajo mismo.

21. Dignidad del trabajo agrícola

El mundo agrícola, que ofrece a la sociedad los bienes necesarios para su sustento diario, reviste *una importancia fundamental*... El trabajo del campo conoce no leves dificultades, tales como el esfuerzo físico continuo y a veces extenuante, la escasa estima en que está considerado socialmente hasta el punto de crear entre los hombres de la agricultura el sentimiento de ser socialmente unos marginados, hasta acelerar en ellos el fenómeno de la fuga masiva del campo a la ciudad y desgraciadamente hasta en condiciones todavía más deshumanizadoras.

En algunos países en vía de desarrollo, millones de hombres se ven obligados a cultivar las tierras de otros y son explotados por los latifundistas, sin la esperanza de llegar un día a la posesión ni siquiera de un pedazo mínimo de tierra en propiedad. Faltan formas de tutela para la persona del trabajador agrícola y su familia en casos de vejez, de enfermedad o de falta de trabajo. Largas jornadas de pesado trabajo físico son pagadas miserablemente...

Por lo tanto, es menester proclamar y promover la dignidad del trabajo, de todo trabajo, y, en particular, del trabajo agrícola, en el cual el hombre, de manera tan elocuente, «somete» la tierra recibida en don por parte de Dios y afirma su «dominio» en el mundo visible.

22, La persona minusválida y el trabajo

Las personas minusválidas son sujetos plenamente humanos, con sus correspondientes derechos innatos, sagrados e inviolables, que, a pesar de las limitaciones y sufrimientos gra-

bados en sus cuerpos y en sus facultades, ponen más de relieve la dignidad y la grandeza del hombre... y por lo mismo debe facilitársele el participar en la vida de la sociedad en todas las dimensiones y a todos los niveles que sean accesibles a sus posibilidades.

Deberá prestarse gran atención, lo mismo que para los demás trabajadores, a las condiciones físicas y sicológicas de los minusválidos, a la justa remuneración, a las posibilidades de promoción, y a la eliminación de los diversos obstáculos...

23. El trabajo y el problema de la emigración

El tema de la llamada *emigración por trabajo* es un fenómeno antiguo, pero que todavía se repite y tiene, también hoy, grandes implicaciones en la vida contemporánea.

El hombre tiene derecho a abandonar su país de origen por varios motivos —como también volver a él— y a buscar mejores condiciones de vida en otro país.

Se debe hacer todo lo posible —y ciertamente se hace mucho— para que este mal de la emigración, en sentido material, no comporte mayores males *en sentido moral*; es más, para que, dentro de lo posible, comporte incluso un bien en la vida personal,familiar y social del emigrado, en lo que concierne tanto al país donde llega, como a la patria que abandona.

Lo más importante es que el hombre, que trabaja fuera de su país natal, como emigrante o como trabajador temporal no se encuentre *en desventaja* en el ámbito de los derechos concernientes al trabajo respecto a los demás trabajadores de aquella determinada sociedad. La emigración por motivos de trabajo no puede convertirse de ninguna manera en ocasión de explotación financiera o social.

Cap. 5.º: ELEMENTOS PARA UNA ESPIRITUALIDAD DEL TRABAJO

24. Particular cometido de la Iglesia

Dado que el trabajo en su aspecto subjetivo es siempre una acción personal, *actus personae*, se sigue necesariamente que en él *participa el hombre completo, su cuerpo y su espíritu*, independientemente del hecho de que sea un trabajo manual o intelectual. Al hombre entero se dirige también la Palabra de Dios vivo, el mensaje evangélico de la salvación... Hay que dar al trabajo del hombre concreto aquel *significado que el trabajo tiene ante los ojos de Dios...*

La Iglesia ve un deber suyo particular en la *formación* de una *espiritualidad del trabajo,* que ayude a todos los hombres a acercarse a través de él a Dios, Creador y Redentor, a participar en sus planes salvíficos respecto al hombre y al mundo...

25. El trabajo como participación en la obra del Creador

Creado el hombre a imagen de Dios, recibió el mandato de gobernar el mundo en justicia y santidad, sometiendo a sí la tierra y cuanto en ella se contiene y de orientar a Dios la propia persona y el universo entero, reconociendo a Dios como Creador de todo, de modo que con el sometimiento de todas las cosas al hombre sea admirable el nombre de Dios en el mundo.

Esta verdad la encontramos ya al comienzo de la Biblia, en el *Génesis,* donde la misma obra de la creación está representada bajo la forma de un «trabajo» realizado por Dios durante los «seis días» (2,2; Dt. 5,12-14), para «descansar el séptimo»... Seis días deben darse al trabajo, y el séptimo, o sea, el domingo, descansar y dar el debido culto a Dios...

26. Cristo, el hombre del trabajo

Esta verdad ha sido particularmente *puesta de relieve por*

Jesucristo, aquél Jesús ante el que muchos de sus primeros oyentes en Nazaret «permanecían estupefactos y decían: *¿De dónde le viene a éste tales cosas, y qué sabiduría es ésta que le ha sido dada?... ¿No es acaso el carpintero?* (Mc. 6,2-3).

En efecto, Jesús no solamente lo anunciaba, sino que ante todo, cumplía con el trabajo del «Evangelio» confiado a Él, la palabra de la Sabiduría eterna. Por consiguiente, esto era también el «Evangelio del trabajo», pues *el que lo proclamaba él mismo era hombre de trabajo,* del trabajo artesano al igual que José de Nazaret (Mt. 13,55)...

Jesucristo *en sus parábolas* sobre el Reino de Dios se refiere constantemente al trabajo humano; al trabajo del pastor, del labrador, del médico, del sembrador, del pescador, del obrero... Habla además de los distintos trabajos de las mujeres (Mt. 13,33; Lc. 15,8-9)...

Esta enseñanza de Cristo acerca del trabajo, basada en el ejemplo de su propia vida durante los años de Nazaret, encuentra un eco particularmente vivo en *las enseñanzas del apóstol Pablo.* Éste se gloriaba de trabajar en su oficio, y decía: *«Con afán y con fatiga trabajamos día y noche para no ser gravosos a ninguno de vosotros»* (2 Tes. 3,8), y viendo que algunos vivían desordenadamente, sin hacer nada, dijo: *«El que o quiera trabajar que no coma»* (2 Tes. 3,10).

27. El trabajo humano a la luz de la Cruz y resurrección de Cristo

Todo *trabajo,* tanto manual como intelectual, está unido inevitablemente a la *fatiga.* El libro del *Génesis* lo expresa de manera verdaderamente penetrante, contraponiendo a aquella originaria *bendición,* la *maldición,* que *el pecado* ha llevado consigo: *«Por ti (por tu pecado) será maldita la tierra. Con trabajo comerás de ella todo el tiempo de tu vida»* (Gén. 3,17).

Este dolor unido al trabajo señala el camino de la vida humana sobre la tierra y constituye el *anuncio de la muerte: «Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, pues de ella has sido tomado»* (Gén. 3,19).

El sudor y la fatiga, que el trabajo necesariamente lleva en la condición actual de la humanidad, ofrecen al cristiano y a cada hombre, que ha sido llamado a seguir a Cristo, la posibilidad de participar en el amor a la obra que Cristo ha venido a realizar (Jn. 17,4).

Esta obra de salvación se ha realizado a través del sufrimiento y de la muerte de Cruz. Soportando la fatiga del trabajo en unión con Cristo crucificado por nosotros, el hombre colabora en cierto modo con el Hijo de Dios en la redención de la humanidad.

El cristiano que está en actitud de escucha de la palabra del Dios vivo, uniendo el trabajo a la oración, sepa qué puesto ocupa su trabajo no sólo en el *progreso terreno* sino también en el *desarrollo del reino de Dios,* al que todos somos llamados con la fuerza del Espíritu Santo y con la palabra del Evangelio.

Cuarta Carta Encíclica

SALVORUM APOSTOLI

(Apóstoles de los esclavos)

Cap. 1.º: INTRODUCCIÓN

1. Esta carta nos habla de los apóstoles de los eslavos, Cirilo y Metodio, en la que nos da abundantes datos biográficos y se refiere a la consolidación de la fe cristiana entre los eslavos, y también a la más urgente actualidad misionera.

Recordando el Papa la inestimable contribución dada por estos santos a la obra del anuncio del evangelio en aquellos pueblos, escribió el 31 de diciembre de 1980 la carta apostólica *Egregia virtutis* en la que proclamó a los santos Cirilo y Metodio copatrones de Europa.

Así continuó la línea trazada por sus predecesores, en particular por León XIII, que extendió a toda la Iglesia el culto de estos dos santos, y por Pablo VI que proclamó a San Benito, patrón de Europa.

2. Con la carta *Egregia virtutis*, Juan Pablo II, intentó llamar la atención de los cristianos y de todos los hombres de buena voluntad, que buscan el bien, la concordia y la unidad de Europa, a la actualidad siempre viva de las eminentes figuras de Benito, de Cirilo y de Metodio como modelos concretos y ayuda espiritual para los cristianos de nuestra época y, especialmente, para las naciones del continente europeo, que desde hace ya tiempo, sobre todo gracias a la oración y a la labor de estos santos, se han arraigado consciente y originalmente en la Iglesia y en la tradición cristiana.

3. El Papa hace una mención particular de la carta encíclica *Grande munus* de León XIII para recordar a la Iglesia y al mundo los méritos apostólicos de ambos hermanos: no sólo de Metodio, que murió el año 885, sino también de Cirilo, al que la muerte separó de su hermano el año 869 en Roma, ciudad que acogió y custodia todavía con conmovedora veneración sus reliquias en la antigua basílica de San Clemente.

A más de un siglo de la publicación de la Carta de León XIII, *las nuevas circunstancias* en que se celebra el undécimo centenario de la gloriosa muerte de San Metodio inducen a dar una renovada expresión al recuerdo que la Iglesia conserva de tan importante aniversario. Y se siente particularmente obligado a ello el primer papa llamado a la sede de Pedro desde Polonia y, por tanto, de entre las *naciones eslavas*.

Cap. 2.º: REFERENCIA BIOGRÁFICA

4. La ciudad que vio nacer a los dos santos hermanos es la actual Salónica (la antigua *Tesalónica*), que en el siglo IX era un importante centro de vida comercial y política en el Imperio bizantino.

Metodio era el hermano mayor (su nombre de pila era Miguel). Nace entre los años 815 y 820. (Menor que él era Constantino —posteriormente más conocido con el nombre religioso de Cirilo, que vino al mundo el año 827 u 828).

Su padre era un alto funcionario de la administración imperial... Metodio llegó a alcanzar el cargo de gobernador en una de las provincias fronterizas, en la que vivían muchos eslavos. Sin embargo, hacia el año 840 la abandona para retirarse a uno de los monasterios situados en la falda del monte Olimpo —en Bitinia—, conocido entonces bajo el nombre de Sagrada Montaña.

Su hermano Cirilo siguió con particular provecho los estudios en Bizancio, donde recibió las órdenes sagradas, después de haber rechazado decididamente un brillante porvenir político. Por sus excepcionales cualidades y conocimientos culturales y religiosos, siendo joven, le fueron confiados algunos cargos como bibliotecario del Archivo contiguo a la gran iglesia

de Santa Sofía, en Constantinopla, y a la vez el de secretario del Patriarca de aquella misma ciudad..., pero terminó retirándose de la vida pública para reunirse con su hermano mayor Metodio y compartir la vida monástica.

5. Un hecho vino a cambiar su vida, y fue la petición hecha por el príncipe Rastilao de la Gran Moravia al emperador Miguel III para que enviara a sus pueblos «un obispo y maestro... que fuera capaz de explicarles la verdadera fe cristiana en su lengua».

Son elegidos los santos Cirilo y Metodio, que rápidamente aceptan la misión. Seguidamente se ponen en viaje y llegan a la Gran Moravia, probablemente hacia el año 863, comenzando en aquellos pueblos la misión, a la que ambos se dedican durante el resto de su vida, pasada entre viajes, privaciones, sufrimientos y persecuciones, que en el caso de Metodio llegan hasta una cruel prisión.

Soportan todo ello con gran fe y firme esperanza en Dios... Llevaban consigo los textos de la Sagrada Escritura indispensables para la celebración de la sagrada Liturgia, preparados y traducidos por ellos mismos a la lengua paleoeslava y escritos con un nuevo alfabeto, elaborado por Constantino, filósofo y perfectamente adaptado a los sonidos de tal lengua.

Hicieron un viaje a Roma. El Papa Adriano II les acoge con mucha benevolencia. Aprueba los libros litúrgicos eslavos, que ordena depositar sobre el altar de la iglesia de Santa María *ad praesepe*, llamada en la actualidad Santa María la Mayor, y dispone que sus discípulos sean ordenados sacerdotes. Cirilo muere poco tiempo después en Roma, año 869.

6. San Metodio fue fiel a las palabras que Cirilo le había dicho en el lecho de muerte: «He aquí, hermano, que hemos compartido la misma suerte ahondando el arado en el mismo surco; yo caigo ahora sobre el campo al término de mi jornada. Tú amas mucho —lo sé— tu montaña; sin embargo, por la montaña no abandones tu trabajo de enseñanza. En verdad, ¿dónde puedes salvarte mejor?».

Consagrado obispo para el territorio de la antigua diócesis de Panonia y nombrado legado pontificio *ad gentes* para los pueblos eslavos, toma el título eclesiástico de la restaurada sede episcopal de Sirmio.

La actividad apostólica de Metodio se vio interrumpida a consecuencia de complicaciones político-religiosas y fue encarcelado por un período de dos años, bajo la acusación de haber invadido una jurisdicción episcopal ajena; mas fue liberado gracias a una intervención del papa Juan VIII.

Los últimos años de su vida los dedicó sobre todo a ulteriores traducciones de la Sagrada Escritura y de los libros litúrgicos, de las obras de los Padres de la Iglesia y también de una recopilación de las leyes eclesiásticas y civiles bizantinas, conocida bajo el nombre de *Nomocanon.* Murió el 6 de abril del año 885 al servicio de la Iglesia instaurada en los pueblos eslavos.

7. Su doctrina profunda y ortodoxa, su celo apostólico, la magnanimidad intrépida le granjearon el reconocimiento y la confianza de pontífices romanos, de patriarcas constantinopolitanos, de emperadores bizantinos y de diversos príncipes de los nuevos pueblos eslavos.

Por todo ello, Metodio llegó a ser el guía, el pastor legítimo de la Iglesia, que en aquella época se arraigaba en aquellas naciones, y es unánimemente venerado, junto con su hermano Constantino, como el heraldo del Evangelio y el maestro «de parte de Dios y del santo apóstol Pedro»...

Por esto «hombres y mujeres, humildes y poderosos, ricos y pobres, libres y siervos, viudas y huérfanos, extranjeros y gentes del lugar, sanos y enfermos», formaban la muchedumbre que, entre lágrimas y cantos, acompañaban al sepulcro al buen maestro y pastor, que se había hecho *«todo para todos para salvarlos a todos»* (1 Cor. 9,22).

Cap. 3.º: HERALDOS DEL EVANGELIO

8. Los hermanos Cirilo y Metodio, bizantinos de cultura, supieron hacerse apóstoles de los eslavos en el pleno sentido de la palabra. La separación de la patria que Dios exige a veces a los hombres elegidos, como fue la de Abraham, aceptada por la fe en su promesa, es siempre una misteriosa y fecunda condición para el desarrollo y el crecimiento del pueblo de Dios en la tierra.

Durante la visión nocturna que San Pablo tuvo en Troade en el Asia menor, un varón macedonio, por tanto un habitante del continente europeo, se presentó ante él y le suplicó que se dirigiera a su país para anunciarles la palabra de Dios: «Pasa a Macedonia y ayúdanos» (Heb. 16,9).

Igualmente la divina Providencia, en el caso de los dos santos hermanos, se manifestó a través de la voz y la autoridad del emperador de Bizancio y del patriarca de la Iglesia de Constantinopla, para que se dirigieran en misión a los pueblos eslavos.

9. La *Vida* eslava de Metodio recoge con estas palabras la petición hecha por el príncipe Rastislao al emperador Miguel III a través desus enviados: «...Pero nosotros los eslavos... no tenemos a nadie que nos guíe a la verdad y nos instruya de un modo comprensible».

Entonces es cuando Constantino y Metodio fueron invitados a partir. Su respuesta profundamente cristiana a la invitación, está expresada admirablemente en las palabras dirigidas por Constantino al emperador: «A pesar de estar cansado y físicamente débil iré con alegría a aquel país... Yo marcho con alegría por la fe cristiana».

La verdad y la fuerza de su mandato misional nacían del interior del misterio de la redención y su obra evangelizadora entre los pueblos eslavos, porque ésta fue la misión de Cristo dada a sus apóstoles: *«Predicad el Evangelio a toda criatura»* (Mc. 16,15); *«id, pues, enseñad a todas las gentes»* (Mt. 28,19)...

10. Los dos santos misioneros se encontraron personalmente implicados en todos los conflictos que entonces perturbaban las sociedades eslavas, en vías de organización... Era a la vez el comienzo de unas divergencias más profundas, destinadas desgraciadamente, a acrecentarse, entre la cristiandad oriental y occidental; pero supieron siempre mantener una recta ortodoxia, y las pruebas porque pasaron: la incomprensión, la manifiesta mala fe, no consiguieron hacer desistir a ninguno de los dos: Cirilo y Metodio del tenaz propósito de ayudar y servir a la justa causa de los pueblos eslavos y a la unidad de la Iglesia universal.

En la perspectiva de la evangelización, se prefijaron el co-

metido de comprender y penetrar la lengua, las costumbres y tradiciones propias de los pueblos eslavos, dedicándose a la difícil tarea de traducir los textos de la Sagrada Escritura, conocidos por ellos en griego, a la lengua de aquella estirpe eslava...

11. Para traducir las verdades evangélicas a una nueva lengua, ellos se preocuparon por conocer bien el mundo interior de aquéllos a los que tenían intención de anunciar la palabra de Dios con imágenes y conceptos que les resultaban familiares. Se trataba de un nuevo método de catequesis.

Fue un esfuerzo verdaderamente digno de su espíritu misionero el de aprender la lengua y la mentalidad de los pueblos nuevos a los que debían llevar la fe, como fue también ejemplar la determinación de asimilar u hacer propias todas las exigencias y aspiraciones de los pueblos eslavos.

Cirilo y Metodio son verdaderos modelos para todos los misioneros que en las diversas épocas han acogido la invitación de San Pablo de hacerse todo para todos para rescatar a todos...

Cap. 4.º: IMPLANTARON LA IGLESIA DE DIOS

12. La característica, en la conducta tenida por los apóstoles de los eslavos, Cirilo y Metodio, es su modo *pacífico* de edificar la Iglesia, guiados por su visión de la Iglesia, una, santa y universal.

Ambos hermanos, conscientes de la antigüedad y de la legitimidad de las sagradas tradiciones, no tuvieron miedo de usar la lengua eslava en la liturgia, haciendo de ella un instrumento eficaz para acercar las verdades divinas a cuantos hablaban en esa lengua.

El cristianismo occidental, después de las migraciones de los pueblos nuevos, había amalgamado los grupos étnicos llegados con las poblaciones latinas residentes, extendiendo a todos, con la intención de unirlos, la lengua, la liturgia y la cultura latina transmitidas por la Iglesia de Roma.

13. Resulta así singular y admirable cómo los santos her-